



ALTO-ZAMBESE (Africa austral).—Recepcion del P. Depelchin por el rey Lebuschi. (Pág. 51.)

ciente cantidad para llenar algunas botellas, agua deliciosa, y un poco azucarada, que recuerda la leche de coco. Su encuentro es no poca fortuna para el viajero en un país en el que sólo hay en pocos charcos agua salobre y cenagosa. En esos bosques, cruzados á trechos por senderos que conducen á los pueblos, se ve tambien gran variedad de flores, muchas especies sobre todo de convolvulus, de lirios y de amarilis, cuyos botones tienen á menudo un tamaño excepcional. Entre otros hay un amarilis magnífico cuya cebolla pesa más de quince libras, y en su único tallo hemos contado más de setenta flores de color laurel-rosa, formando hermosísimo ramillete. Hemos encontrado las mismas especies en varios puntos del Usigua.

A pesar de la ausencia de corrientes de agua, la vegetacion es espléndida y el país de asombrosa fertilidad. El suelo es arcilloso, y la tierra roja cubierta de una espesa capa de humus. Las piedras calcáreas son raras: casi en todas partes se encuentra cuarzo y asperon.

Despues de cruzar mucho tiempo colinas y valles, llégase finalmente á una planicie elevada desde la que se domina todo el país y se goza de un magnífico golpe de vista. Al frente, hácia el Noroeste, se extiende una llanura inmensa en la que hay diseminados á trechos algunos pueblos en medio de grandes plantaciones de caña de azúcar, maíz, alcandía, etc., y á través de la cual corre el Uami, que la inunda durante la estacion de las lluvias: la vista, remontando más arriba, divisa el mismo rio saliendo de un largo valle, estrecho y serpenteando al pié de los montes de Kiona (Bella-vista) y de Mghi-ghema (Buena-ciudad). Detrás se extiende el país tan variado, las colinas y los valles que acabamos de atravesar; al Norte aparece la misma cordillera, cubierta en todas partes de pueblos que parecen nidos de buitres, y al Noroeste vemos el Ukueré, semejante á un inmenso bosque.

La planicie cuya bella naturaleza africana admiramos es ocupada por un gran *mwéné*: hice hacer alto á la ca-

ravana, y el P. Hacquard y yo, con algunos bagajeros, nos dirigimos al pueblo, tomando un angosto sendero elegido entre muchos otros que se cruzaban en un espeso bosque, y despues de 400 á 500 metros de vueltas y revueltas llegámos por fin á la puerta de entrada. Compónese ésta de ocho grandes piezas de madera cuadrada, suspendidas verticalmente á otra pieza transversal, de suerte, que hay que empujarlas por abajo una tras otra, colocarlas en una especie de horquilla que las retiene y llegar así á la cerca del pueblo.

## NORUEGA.

Recibimos de Altengaard la siguiente carta de un misionero, que no dudamos leerán con interés nuestros lectores:

**N**o es precisamente en Throndhjem que trazamos las presentes líneas, sino á una distancia de 1,000 kilómetros de la antigua capital de Noruega, en Altengaard, pequeña poblacion situada al 70° latitud, no lejos del cabo Norte. Noruega, á donde nos ha enviado la divina Providencia, no cuenta más de 1.800,000 habitantes; pero con todo, este país que tiene poca anchura, especialmente en la parte Norte, mide dos veces la longitud de Francia. Throndhjem se encuentra casi en el centro, y Altengaard toca al Norte. Con sumo gozo hemos recibido del Ilmo. Bernard, nuestro venerable prefecto apostólico, la orden de partir para Finmark, pues nos consideramos felices pudiendo ir á instalarnos cerca del pueblo tan interesante de la Laponia, á quien esperamos llevar un dia la antorcha de la fe.

Partimos de Throndhjem en la noche del 29 al 30 de agosto de 1882 en el *Lofoten*, magnífico buque que hace el servicio de correos entre Hamburgo y Finmark, y todo el viaje estuvo la mar bastante tranquila. Durante seis dias de navegacion seguimos las costas de Noruega

15 Febrero 1883.



á través de mil islotes á cuyo grupo más considerable se da el nombre de islas Loffoden. En cierto número de estas islas hay algunos habitantes, todos pescadores, y la mayor parte de las demás sólo son ocupadas cada año durante la época de la pesca, ó de la recolección de esa rica é incomparable plumajería tan buscada en el comercio, y que constituye una de las ramas de la industria noruega. De vez en cuando descúbreanse insignificantes lugarejos, y más frecuentemente casas aisladas en el fondo de vallecitos ó en lo alto de peladas rocas: al rededor de estas modestas viviendas hay algunas praderas y á veces campos sembrados de avena, cebada ó patatas. Citaremos en particular el pueblecito de Namsos, que explota grandes bosques, y el de Bodo, que se encuentra poco después de franquear el círculo polar. Al cabo de cuatro días de camino, con una velocidad relativamente considerable, llegámos el sábado á hora avanzada de la noche al puerto de la pequeña ciudad de Tromso, llamada por los noruegos el París del Norte en miniatura, pero que puede denominarse con toda verdad la capital de Finmark, nombre que se da comúnmente á las dos provincias del Norte de Noruega. Nada tan poético como la isla á la que Tromso da su nombre, que no mide más que 8 kilómetros de longitud por 3 de ancho: aquí el viajero queda asombrado cuando ve en unos países tan distantes de los grandes centros una encantadora ciudad, notable por la regularidad de sus calles y la limpieza de sus casas: cuenta unos 5 ó 6,000 habitantes. Mientras el buque descarga las mercaderías destinadas á los comerciantes, sin perder un minuto nos dirigimos á la casa parroquial donde somos objeto de la más benévola acogida. Si entre sacerdotes la visita de un compañero es siempre saludada con estas palabras del Profeta: « ¡Cuán bueno y agradable es vivir unidos los hermanos! » lo es mucho más en países como la Noruega, en que son rarísimas las visitas, selladas siempre con la mayor cordialidad.

De algunos años acá la Mision posee una iglesia bastante hermosa en Tromso, y cuenta hoy próximamente ochenta católicos: reducida es todavía esa grey del Señor; empero el fervor de los que la componen da grandes consuelos á sus pastores. Generalmente se frecuentan allí mucho los Sacramentos, y es notable la asiduidad con que acuden á oír la palabra de Dios, que se anuncia regularmente dos veces cada domingo. Hasta los protestantes acuden benévolos á escuchar las instrucciones de los sacerdotes católicos, y aún contribuyen al adorno de la capilla en los días de grandes solemnidades, presentando lindos vasos de flores. Ignoraréis quizá que en el Norte de Europa hay afición á cultivar flores de toda especie, que uno admira en las ventanas de todas las casas, por pobres que sean. Todas estas noticias las he oído de boca del Rdo. Neuvel, celosísimo director de esta estacion. Durante nuestra breve permanencia en Tromso, saludámos las primeras horas del domingo 3 de setiembre, y tuvimos la dicha de ofrecer la santa Misa antes de emprender nuestro viaje. Aquel día la Iglesia celebraba la fiesta de todos los Soberanos Pontífices que han ilustrado la Silla de Pedro con sus heroicas virtudes: de todo corazón pedímos al Soberano Pastor de las almas que bendijese nuestra entrada en Finmark é ilustrase á esos pueblos sobre la necesidad de una enseñanza infalible y los bienes inmensos de que les privó la Reforma al separarlos del Vicario de Jesucristo.

De repente suena la señal de partir, y á toda prisa nos dirigimos á bordo: algunos instantes después el vapor prosigue su marcha hácia las regiones polares. Durante todo el viaje fuimos objeto de las mayores atenciones por parte del capitán y de sus subordinados, no menos que de los viajeros. Aunque llenos de prevención contra el Catolicismo, los noruegos son respetuosísimos con el sacerdote católico. Uno de los episodios más interesantes de nuestra travesía fué las relaciones que entablámos en el buque con un sujeto muy conocido. Es dinamarqués y versadísimo en la ciencia astronómica; llámase Sophus Tromholt, y de muchos años acá consagra su vida al estudio de las auroras boreales, sobre cuyo fenómeno tiene escritas varias obras muy notables y tanto más estimadas cuanto pocos autores han tratado tan interesante punto. Este invierno lo pasará en el centro de la Laponia á fin de continuar sus observaciones. Nos dió muestras del mayor afecto, y aún nos regaló muchas de sus obras. No cesaba de admirarse de que hubiésemos abandonado nuestra hermosa patria para venir á habitar semejantes países. Ciertamente la contestación no era difícil: todo país es para el sacerdote una nueva patria desde el momento en que encuentra en él una piedra para consagrar al santísimo Sacramento, y añadimos:

—Usted no vacila en arrostrar los hielos de la Laponia á trueque de conseguir que la ciencia adelante un paso: ¡cómo, pues, no tendríamos nosotros igual valor para salvar algunas almas!

El lunes 4 de setiembre pudimos por fin pisar la tierra á que nos envía la divina Providencia, y llenos de emoción dijimos: Hé aquí la porción de la viña del Señor que estará confiada á nuestro celo: ¡díguese la poderosa Reconciliadora bendecir nuestro ministerio y hacerlo fecundo en felices resultados!

El nombre de nuestra residencia es Altengaard, donde hemos sido recibidos con la mayor benevolencia por el director de la estacion, Rdo. Maitrehut. Nuestra morada está cerca del mar y al pié de una colina: no lejos hay un bosque considerable, y hemos visto bellísimas praderas y algunos campos sembrados de patatas. La vegetación llega, pues, hasta el 70° latitud, y aunque á la verdad no es exuberante como en las praderas del Delfinado, donde tenemos la casa-matriz, las praderas y algunos campos cultivados que se encuentran en el distrito de Alten recrean agradablemente la vista durante la breve estacion del estío.

No conocemos aún los rigores de un invierno pasado en Finmark, ni esas largas noches que duran de dos á tres meses; sin embargo, sentimos perfectamente que la flaca naturaleza humana no se encontrará siempre á su gusto en estos parajes. Pero eso, ¿qué importa? Cuando se hace la voluntad de Dios, y uno se encuentra á donde le envía el mandato de los superiores, el corazón está contento y la confianza aumenta á medida que se multiplican las dificultades. Así vamos á dedicarnos con el mayor ahínco al estudio de la lengua noruega, á fin de poder ser útiles á la Mision lo más pronto posible, y transmitir á estos pueblos las enseñanzas de la verdadera religion de Jesucristo.

La presencia de la imagen de la santísima Virgen que se venera en la capilla de Alten, acrecienta nuestra confianza, y contamos asimismo con las oraciones de todas las almas que se interesan en la conversión de Noruega.



## DAMASCO.

## X.

## LA MISION CATÓLICA.

**E**STA Mision es ante todo una obra de conservacion y de preservacion, y sólo secundariamente una obra de conquista. Con una poblacion de 150,000 almas, Damasco no cuenta sino 6,000 católicos, ó sea 5,000 griegos unidos, 700 siríacos y 300 maronitas, latinos ó armenios. Esta inferioridad numérica expone más y más los católicos al peligro de la perversion, y esto es lo que les hace más dignos de la solicitud de los misioneros.

Como obra de conquista, la mision católica de Damasco tiene por objeto la conversion de los musulmanes, que forman la gran mayoría de la poblacion (120,000); de los griegos cismáticos, cuya cifra se eleva á 6,000; de los jacobitas y de los armenios cismáticos, de los que únicamente hay pocos centenares; de los judíos, que ascienden á 4,000, y por último de un puñado de drusos, kurdos, persas y bohemios.

Hasta ahora los misioneros han ejercido muy poca accion sobre estos infieles y herejes. A los mahometanos les falta la libertad, y por otra parte tampoco parecen bastante dispuestos á abrazar la verdad. La proverbial obstinacion de los griegos cismáticos y la tiranía de su clero les mantiene aún muy alejados de la Iglesia. Los jacobitas y los armenios herejes vegetan en la más grosera ignorancia y tiemblan bajo el amenazador cayado de sus falsos pastores. Respecto á los drusos, kurdos, persas, etc., apenas saben lo que creen, y prácticamente no reconocen sino la ley del *animalis homo*, de que habla san Pablo en su I á los Corintios, II, 14. Pero el más grande obstáculo á las conquistas del Catolicismo proviene del islamismo, que tiene casi todo el Oriente encorvado bajo su cetro de hierro.

La Mision católica de Damasco está confiada al celo de los reverendos Padres Franciscanos de Tierra Santa, á los Lazaristas y á los Padres de la Compañía de Jesús.

I.—Los Padres Franciscanos hace ya siglos que están establecidos en Damasco, que consideran como un anejo de la Tierra Santa, y allí han ejercido constantemente las funciones parroquiales para los raros latinos, así extranjeros como indígenas, que viven en la ciudad. Los latinos indígenas son orientales que, habitando en localidades en que no hay parroquia de su rito, han debido aceptar por Curas los misioneros de la parroquia latina. Esto es consecuencia de un privilegio concedido *ab antiquo* por la Santa Sede á los misioneros que tienen en Oriente cargo de almas. En virtud de este privilegio, todos los caldeos ó coftos católicos, domiciliados en Damasco, pertenecen á la parroquia latina.

No obstante esto, los Padres Franciscanos de Damasco cuentan muy reducido número de feligreses; pero estos religiosos no olvidan que son misioneros antes que Curas latinos, y acogen solícitos á los orientales de los diversos ritos unidos que recurren á su ministerio.

Su escuela primaria de árabe y de italiano está abierta, como su iglesia, á todos los ritos indistintamente.

Respecto al personal, se compone habitualmente de cuatro Padres y dos Hermanos laicos.

Nadie ha olvidado que los Franciscanos que se encontraban en Damasco en 1860, cayeron todos bajo el hierro de los enemigos del nombre cristiano.

II.—La instalacion de los Lazaristas en Damasco sólo remonta á principios de este siglo ó á fines del precedente. Vinieron á continuar la obra de los misioneros Jesuitas que trabajaban con feliz suceso hacia más de ciento cincuenta años.

Debemos decir muy alto para gloria de los dos últimos Jesuitas de Damasco, que la supresion de la Compañía no les desapegó del pueblo á cuya salvacion se habian consagrado sin reserva ni desaliento. Permanecieron inquebrantables en su puesto, aunque se sometian por completo y sinceramente al decreto que les heria en sus más caros afectos.

Allí, pues, les encontraron trabajando en la viña del Señor los primeros Lazaristas enviados á Damasco, y con su concurso fraternalmente agradecido inauguraron éstos su nueva Mision. El recuerdo del último sobreviviente de aquellos Jesuitas, conocido en el país con el nombre de Abuna Butros (nuestro P. Pedro) subsiste todavía entre los ancianos de Damasco, como me he convencido de ello por mí mismo. El verdadero nombre de este misionero era Pedro Verot, y su fallecimiento remonta todo lo más al año 1820. No siendo ya sino un monton de ruinas la iglesia de los Padres Capuchinos, donde fué sepultado, no he podido encontrar la inscripcion lapidaria que indica, segun me dijo un amigo mio maronita, el lugar de su sepulcro.

Los Lazaristas ocuparon primero la antigua residencia de los Jesuitas, y esto explica el nombre de *Jacuaaiet* (Jesuita) que se les da todavía; empero con el tiempo la modesta residencia cambió de forma, concluyendo por desaparecer, para dar lugar al magnífico establecimiento construido por el malogrado Rdo. Leroy, poco tiempo antes de los acontecimientos de 1860. Apenas los Lazaristas y las Hermanas de la Caridad acababan de tomar posesion del nuevo edificio, cuando tuvieron que abandonarlo al saqueo y al incendio. Este fué un golpe mortal para el Rdo. Leroy, que sucumbió á consecuencia de su dolorosa emocion al reunirse á sus compañeros del colegio de Antura, en el monte Líbano.

Con todo, los desastres de 1860 no tardaron en ser reparados y á restablecerse la Mision; haciendo ya muchos años que los Lazaristas continúan su obra con nuevo ardor y creciente resultado. Siguiéronles las Hermanas de la Caridad, y sus trabajos son fructuosos como nunca.

El personal de los Lazaristas se compone en Damasco de cuatro sacerdotes y otros tantos Hermanos laicos. Crecido número de jóvenes asiste á sus escuelas, en las que aprende, con la ciencia de la Religion y la práctica de la vida cristiana, el francés, el árabe literal, el turco y todos los accesorios de las mejores escuelas primarias de Europa. Gozan de una reputacion muy merecida, y no tienen rivales en Damasco.

Las preciosas escuelas de los Lazaristas tienen por complemento las de las Hermanas de la Caridad, perfectamente dirigidas, y que han formado muchas mujeres y madres piadosas y laboriosas, cosa por desgracia sumamente rara aún en Oriente. Añádase que estas mismas Hermanas sirven un dispensario y prodigan sus cuidados á multitud de enfermos de toda religion que van á su establecimiento á consultar gratuitamente sus dolencias. Cuando es necesario, estas buenas religiosas visitan á los enfermos pobres á domicilio. Inútil es decir cuán populares las hace su abnegacion.



III.—Poco tengo que manifestar acerca la Mision de los Padres de la Compañía de Jesús. Hace pocos años que tras un siglo de destierro se establecieron en esta ciudad, y ya sus misioneros han hecho excursiones apostólicas á la provincia del Hauran (antigua Auranitides ó Arabia romana) y en la region tan abandonada de Nabk, de Jabrud, de Quariataine, de Zaidal y de Hhoms, con intento de penetrar hasta Hhama.

A causa precisamente de semejantes excursiones, regularmente practicadas, han procurado establecerse en Damasco; y no cabe la menor duda que este género de Mision será muy provechosa á los católicos griegos ó siríacos que viven en estos parajes desolados, al mismo tiempo que puede procurar el retorno de numerosos jacobitas y griegos cismáticos. ¿Quién sabe si, mediante el divino auxilio, se conseguirá atraer á los infieles conocidos con el nombre de Ansairiet y el de Jazdiet ó adoradores del demonio?

Espero, no obstante, que estos trabajos exteriores no absorberán de tal suerte á los nuevos misioneros Jesuitas de Damasco, que no puedan ejercer, por sus obras diversas, una feliz influencia sobre los católicos de esta gran ciudad.

Uno de los misioneros dirige una Congregacion de hombres y de jóvenes y otra de escolares en una capilla de la iglesia sirio-católica, con gran contento del ilustrísimo Gregorio Hheliani, de quien esta iglesia es catedral (1). Esta doble Asociacion recluta sus miembros entre todos los ritos católicos de Damasco: siríacos, griegos, armenios, maronitas y latinos. Otro misionero está encargado de la direccion de una doble Congregacion de mujeres y jóvenes establecida en dos parroquias greco-católicas del populoso arrabal conocido con el nombre de Midan.

En este mismo arrabal los Padres Jesuitas tienen una escuela de niñas confiada á las Hermanitas del Sagrado Corazon, todas indígenas. Han abierto tambien escuelas en el pueblo de Noarra, en la vertiente oriental del Ante-Líbano. Es verdaderamente de maravillar los sucesos ya obtenidos por las Hermanitas del Sagrado Corazon en estas tres localidades.

Varias Congregaciones de la Buena muerte permiten á las Hermanas reunir cada domingo centenares de mujeres á las que explican el catecismo y enseñan los deberes de la vida cristiana. Todas tienen una copia de los catecismos é instrucciones que su fundador, el P. Pablo Riccadonna, jesuita, habia pacientemente redactado para la obra de los catequistas, de quienes habla con extension el P. Amadeo de Damasco en sus *Recuerdos del Libano*.

El Ilmo. Gregorio Yussef, patriarca greco-melquita, ha demostrado las mayores simpatías por la obra de las Hermanitas del Sagrado Corazon, secundándola tanto como le es posible.

No es de hoy que los misioneros Jesuitas se interesan por las poblaciones católicas del Hauran. Desde el restablecimiento de su antigua Mision de Siria en 1833, han dirigido su atencion hácia estos pueblos abandonados en que se conserva todavía el recuerdo del santo varon Job, y han desplegado los recursos de su celo en favor de los católicos del rito griego que llevan la vida

(1) Este venerable Prelado era ya obispo, cuando el impulso de una gracia especial le determinó á abandonar la herejía de los jacobitas en la que nació y fué educado. Su conversion produjo la del Ilmo. Matta, obispo jacobita de Quariataina.

de los antiguos patriarcas en medio de un círculo de drusos, musulmanes y beduinos rapaces. Sabían que el alejamiento privaba á estos pueblos de muchos auxilios espirituales; y los PP. Planchet, que murió siendo delegado apostólico y obispo titular de Trajanópolis, Riccadonna, Esteve, Fenech, Chenavas, Heury, Normand y Portelli los visitaron en distintas épocas.

Los parajes de Hhoms y de Hhama fueron visitados raras veces, pero por fin llegó el tiempo de reparar este involuntario abandono. Una excursion dió á conocer al P. Remigio Normand el inmenso bien que es posible realizar en esta comarca, desgraciadamente infestada de la doble herejía de jacobitas y griegos. El Ilmo. Hheliani, arzobispo sirio-católico de Damasco, que ha convertido ya al Catolicismo á muchos de sus antiguos corligionarios, cuenta con los misioneros de la Compañía de Jesús para reducir á los jacobitas que hasta ahora han resistido á la gracia. Espera sobre todo el regreso en masa de los 4,000 jacobitas que habitan el arrabal de Sadad.

En resúmen, el capital de los nuevos misioneros Jesuitas de Damasco se compone en su mayor parte de esperanzas y proyectos. Mas la esperanza que se apoya en Dios y en Dios solo, es ya alguna cosa, y los proyectos que inspira únicamente la gloria divina tienen muchas probabilidades de realizacion.

Les es, por lo tanto, permitido apropiarse esta frase del apóstol san Pablo á los romanos: *Spe gaudentes* (xii, 2), y apoyarse en estotra del mismo Apóstol: *Spes autem non confundit*. (Rom. v, 5).

#### LA MISION PROTESTANTE.

Ignoro la fecha precisa de la inauguracion de la Mision protestante de Damasco, pero debió ser poco más ó menos en 1840.

En abril de 1856 el Ilmo. Mislin encontró en Damasco cuatro ministros americanos y dos ingleses. Léanse las siguientes líneas del docto Prelado respecto á estos apóstoles del error:

«La situacion de Damasco es harto bella para que no llamase la atencion de los misioneros americanos, y han venido armados de Biblias y revólvers. Estos se los guardan, y aquellas las derraman por doquiera, distribuyendo casi tantos ejemplares como enfermos asisten las Hermanas de la Caridad. Para cuidar su propia salud al llegar la estacion de las fiebres, estos misioneros abandonan sus raras ovejas, que pueden morir sin ellos, y se van á una jornada de Damasco, á respirar el aire fresco de Bludan (1).»

Desde 1856 parece no ha tenido aumento en esta ciudad el número de ministros protestantes. Entre estos señalaré un judío prusiano, hecho protestante de no sé qué categoría. Tiene por principio que más conviene evangelizar á los infieles que á los cristianos, dando con esto una prueba de lógica. Los cristianos están todos en posesion de la Biblia. Más aún: el mismo Lutero reconoció que debia la Biblia á la única Iglesia romana, que la habia cuidadosamente conservado desde los

(1) Bludan es un pueblo musulman edificado en las alturas del Ante-Líbano, y á tres cuartos de legua sobre Zebdani. «Para pasar un verano en estas comarcas, dice el Ilmo. Mislin, es la mansion más agradable que pueda escogerse: lo templado del clima, la pureza del aire, la abundancia, frescura y limpieza de las fuentes, y la extension del panorama, hacen de él un lugar de delicias.» (*Les Saints-Lieux*, t. 1, p. 486-487).



tiempos apostólicos. De consiguiente, si como afirman los protestantes, la lectura de la Biblia basta para formar creyentes, y si cualquiera, como afirman también, está en su derecho interpretando este libro divino y tomando de él sus creencias, ¿qué necesidad tienen los protestantes de evangelizar á los católicos ó á los herejes, y qué necesidad tienen éstos de oírles y de aceptar sus interpretaciones personales de la Biblia?

En virtud de su principio, nuestro protestante prusiano todo lo remueve á fin de atraer al Evangelio puro á los 4,000 judíos de Damasco. Recuerda que profesó su fe, y quisiera procurararles la dicha de compartir su nueva creencia. ¿Qué ha hecho para conseguirlo? Establecerse á la entrada del barrio judío, á pesar de la incómoda vecindad de un cuartel turco, y á falta de cosa mejor, evangeliza á los hijos de Israel por medio de pequeñas homilías en lengua hebrea que fija en las paredes de su casa y de las adyacentes; mas los polizontes del distrito se complacen en cubrir de lodo tales carteles. Dudo mucho que un solo judío se haya detenido nunca para leer dos líneas de dichos impresos.

En cuanto á los católicos de Damasco, á pesar de todas las seducciones, el protestantismo no ha logrado cosa de provecho. Sólo se cita á un cierto Miguel Mochaquat, en otro tiempo ciudadano griego católico, y despues vicecónsul de los Estados-Unidos, que haya dado el escándalo de semejante apostasía, haciendo alarde de mantenerse en ella.

Aquel infeliz se hizo protestante á consecuencia de una contienda con el difunto patriarca Ilmo. Máximo Mazlum, y por espíritu de venganza. Juzgóse con talento para escribir, y publicó una série de opúsculos anticatólicos, habiendo sido precisa una contundente réplica salida de la imprenta de los Padres Jesuitas, para reducir al silencio á este blasfemo.

Los protestantes han tenido que dirigirse á los griegos y armenios cismáticos, que se glorifican con el título de «viejos» (1), y á otros cristianos del mismo calibre, para reclutar algunos adeptos nada edificantes por su conducta.

Reconocemos, sin embargo, que las Biblias falsificadas por los protestantes penetran sin dificultad aún entre los católicos de Damasco, desarrollando entre ellos ese espíritu de contienda natural á los orientales, que altera con harta frecuencia la sencillez y pureza de su fe. De ahí en muchos jóvenes cierto racionalismo que les aleja paulatinamente de las prácticas religiosas. En este resultado hay un mal grave al que no se da tal vez la debida importancia.

Los protestantes sostienen en Damasco una escuela primaria para niños y otra para niñas, dirigida ésta por una americana, á la que secundan maestras indígenas formadas en las escuelas protestantes de Berito. Cada escuela tiene su pequeño templo en que se predica regularmente todos los domingos, procurando disimular la aridez y frialdad de este ejercicio religioso con la ejecución de trozos de música, concesion que los protestantes han hecho al genio oriental, apasionado por la pompa y el esplendor.

La escuela para niñas acaba de ser instalada en un buen local próximo al establecimiento de los Lazaris-

(1) Podría establecerse singular aproximación entre los *viejos* católicos de Alemania y Suiza, y los *viejos* herejes de Oriente, armenios y jacobitas. A estos últimos corresponde la gloria de haber inventado tan extraña denominación.

tas y de las Hermanas de la Caridad. Este local fué cedido á los herejes por la codicia de un griego católico, que pretendia tener quejas de un miembro de su clero, pero que en realidad no pudo resistir á la fascinación de las libras esterlinas. Dos fastuosas inscripciones en lengua inglesa recuerdan que este nuevo establecimiento es una fundación de la difunta señora Thompson, misionera inglesa que llenó Berito con sus escuelas.

Llama sobremanera la atención cuando se comparan las obras de la Iglesia protestante con las del Catolicismo, primero la inmensidad de los recursos de que disponen las primeras, y la extrema exigüidad con que han de sostenerse las segundas; y luego, la diferencia de los resultados obtenidos por unas y otras. Ciertamente merece fijar la atención de los protestantes de buena fe, el que los resultados estén en razón inversa de los recursos consagrados á cada una de esas obras. Con auxilios mínimos, los misioneros católicos conservan la fe en millares de corazones y conquistan á la verdad más infieles y herejes, que católicos pervierten los protestantes. Al contrario, con millones de dollars ó de libras esterlinas los emisarios protestantes apenas consiguen comprar algunos infieles y atraer algun mal católico que cesa de ser protestante así que deja de percibir el salario de su apostasía. La obra del Sr. Marshall, protestante convertido, atestigua la constante esterilidad de las Misiones protestantes, así como la asombrosa fecundidad de las Misiones católicas.

Con todo, es cierto que el vuelo de estas últimas es con harta frecuencia contenido por la pobreza de los misioneros. ¿Hasta cuándo los hijos de la luz y de la verdad serán menos generosos que los hijos de las tinieblas y del error? Consolémonos algun tanto viendo que la fuerza de la gracia brilla con la debilidad misma de los medios humanos que pone en juego, y que la virtud de la Cruz no es eclipsada por el poder de los hombres: *Ut non evacuetur crux Christi*. (I Cor. 1, 17).

## TONG-KING.

Carta del P. Barquero, misionero dominico del Tong-King central y Phu-Nhai, al Padre prior Provincial.



OPIOSA ha sido la cosecha que en este vicariato se ha recogido el año próximo pasado en la administración de los santos sacramentos de Penitencia y Comunión, y en la multitud de angelitos hijos de padres infieles que, lavadas sus estolas en la sangre del Cordero, subieron al cielo á seguirle á donde quiera que fuere. 44,300 han sido estas dichosas almas, que recibieron el santo Bautismo *in articulo mortis*; y de ellas, sólo han sobrevivido en este valle de lágrimas 445: las demás subieron á gozar eternamente en la patria celestial. Han sido rescatados 801 niños, hijos también de padres infieles, y sólo han sobrevivido 82. También merece especial mención el crecido número de adultos: 831 han sido regenerados este año con el santo Bautismo.

Estos son los frutos espirituales, que Dios nuestro Señor por su grande misericordia nos concede para consolarnos en medio de nuestras fatigas. Se principió la administración anual con los ejercicios del Padre san Ignacio, con el fervor que caracteriza á estos cristianos; así que rarísimos habrán sido en todo el vicariato los que hayan dejado de cumplir con los preceptos de con-



fesion y comunión. El señor Vicario apostólico salió de visita por el mes de abril, llevando consigo al P. Anselmo Foronda. Su Señoría, después de las muchas confirmaciones, ya de adultos, y principalmente de niños, y de arreglar los negocios que ocurrían en los partidos por donde había pasado, quiso manifestar de un modo especial su agradecimiento para con los cristianos del partido llamado Ha-Cat, en donde está el P. José Cung, en cuya compañía pasó su Señoría la mayor parte de la persecución oculta entre aquellos sencillos cristianos. Es de advertir que estos son 8,321, y muy reunidos los pueblos en que se encuentran. Quiso, pues, su Señoría celebrar algunas fiestas solemnes entre ellos, para lo cual yo bajé á Sa-chau, una de las residencias del partido de Quat-Lam. Desde este punto pasamos al partido de Ha-Cat, en donde se nos reunieron los PP. Pagés y Soriano, para asistir y ayudar en los muchos y continuos negocios que ocurrían. Era imposible descansar en medio de tantas confirmaciones, confesiones y demás ocupaciones: se pasaban los días sin saber cómo, atendido lo mucho que había que hacer. Se celebraron fiestas solemnes de pontifical en este y en otros partidos, predicando en unas su Señoría, y en algunas este servidor de V. R. Visitado que fué este partido, pasamos al de Bac-Trach, á donde el P. Pagés acababa de trasladar su residencia de Cao-Mai: continuaron en este partido las fiestas, y como todo esto era durante el hermoso mes de mayo, en el que los cristianos se esforzaban para asistir á la iglesia, y también ofrecer sus ramos de flores á su amada Madre María, todo presentaba un aspecto conmovedor. No faltaron algunas espinas entre las flores, que nos causaron gran dolor, al ver que varios de este pueblo de Bac-Trach, objeto de especiales desvelos y cuidados de los misioneros, no correspondían como debían al Señor, que tanto bien les concedió, para que se convirtiesen, y á los misioneros, que tanto han trabajado por ellos; y por fortuna son pocos los de esta clase: hay muchas almas buenas, ancianos, jóvenes y niños, que son el consuelo y el gozo del misionero.

Concluidos los negocios en el partido de Bac-Trach, pasamos á visitar el nuevo partido de Than-Thuong, que lo cuida el sacerdote del clero secular D. Pedro Kham; los cristianos son 3,351, diseminados en 16 cristiandades ó pueblos, de los cuales la mayor parte tienen sus camarines, más bien que iglesias, para rezar y recibir los santos Sacramentos. Hay dos residencias, la una en Than-Thuong, que da nombre al partido, y la otra en Dong-Quan.

Llegó por fin á sazón la abundante cosecha del arroz, y de Than-Thuong nos volvimos para dejar á los pobres cristianos recoger sus deseadas mieses, y poder ganar el jornal mayor que el ordinario, que suelen pagar entre año. Vinimos, pues, á esta mi residencia de Phu-Nhai, con intención de pasar á la otra residencia de este partido llamada Bac-Tinh, para celebrar solemnemente la fiesta principal de dicha cristiandad, que lo es la del *Corpus Christi*. Su Señoría Ilma. había prometido esta solemne fiesta á dicha cristiandad, por su especial mérito en tiempo de persecución y en otras ocasiones. Estos pobres y buenos cristianos se esforzaron en su pobreza para hacer los preparativos para tan fausto día. Uno de los preparativos digno de especial mención, fué la campana que fundieron para honrar á Jesús en el Sacramento de su amor; con ansia deseaban fundir la campana para tan señalado día; temían los pobres se les

ahogasen sus buenos deseos y alegría, si aquella salía mala, rajada, ó de cualquiera otra manera inservible para la fiesta, por lo que todo el pueblo oró, y nos pidieron á su Señoría y á nosotros que nos dignásemos rogar y celebrar la santa Misa para que la campana saliese buena; todo se les prometió, y fué tal su alegría y confianza, que les parecía verse ya con su buena campana fundida. En efecto, Dios nuestro Señor les concedió lo que pidieron, y les salió aquella hermosa y de buen sonido. Vinieron la víspera los principales, vestidos de gala, á esta de Phu-Nhai, para llevarnos desde aquí solemnemente, según la costumbre tunquina, hasta Bac-Ting, que sólo dista poco de aquí, también vinieron los niños con su vestido especial de gala, que consiste en pantalón encarnado, cabaya azul celeste, y turbante verde, cada uno con quitasol especial y un abanico de pluma. Estos niños ya están acostumbrados á asistir en dos hileras en las procesiones y á las misas y fiestas solemnes y demás actos religiosos, y también á formar un coro en el rezo, que siempre es en alta voz á coros. A todo esto se añadían las banderolas de varios colores, gallardetes, y el atronador ruido de los grandes bombos, junto con el sonido de varios instrumentos músicos, lo que daba el último realce á la fiesta. Por la noche se llevó en procesión desde la casa residencia á la iglesia la imagen de nuestro divino Jesús en el acto de instituir la Eucaristía: terminada la procesión, principió el rezo y demás devociones hasta bien entrada la noche. Por la mañana celebró su Señoría de pontifical la solemne misa del Corpus, que se cantó con *armonium*; el que suscribe tuvo el sermón relativo á la fiesta. Concluida la misa, se hizo la procesión del Santísimo con la custodia, que llevaba su Señoría, al rededor y por la parte exterior de la iglesia, entre la multitud de luces, el cántico de los conmovedores himnos de la fiesta, y continuas plegarias de los devotos cristianos, que al rededor de la carrera arrodillados y con las manos juntas delante del pecho adoraban y rogaban á su Dios y Redentor. Todo al rededor de la iglesia por donde pasa la procesión, el suelo estaba cubierto de petates y alfombras, y el cielo con telas blancas delgadas, formando una especie de toldo toda la carrera; lo cual contribuía á dar un realce y majestad á la fiesta, que hacía muchísimo tiempo no habían visto estos pobres cristianos.

Pasados unos cuantos días, visitó su Señoría el partido de Quan-Cong, y también celebró solemnemente la fiesta del apóstol san Pedro. De este partido cuidaba entonces el P. Pedro Soriano, quien con sus preparativos y solicitud, se esforzó para que la fiesta saliese con toda la solemnidad posible. Cuida de este partido ahora el P. Pagés; y el P. Soriano ha ido á reemplazar á este Padre en el partido de Bac-Trach.

Estos buenos cristianos, viéndose un poco desahogados de las muchas miserias que casi continuamente les oprimen, no reparan en hacer muchas y solemnes fiestas religiosas. Ya sabe V. R. que la principal, ó casi principal fiesta de estos dos vicariatos dominicanos del Tong-King, es la de nuestro santo Padre y Patriarca; mas este año contribuyó en este vicariato, para su mayor solemnidad, el estar ya casi concluida y en estado de poder celebrar la fiesta, la iglesia famosa, dedicada á María en su Inmaculada Concepción por todo el vicariato central, y edificada en el pueblo de Phu-Nhai. Como hacía tiempo se estaba reedificando de un modo especial, y nunca visto por estas tierras, todo el mundo



estaba deseando ver semejante obra; se corrió la voz que para la fiesta de la cabeza de la Orden (así llaman en Tong-King la fiesta de nuestro santo Padre) estaría casi concluida la iglesia y que se celebraría dicha fiesta en ella y con más solemnidad que otras veces: lo mismo fué acercarse la fiesta, que todos los partidos del vicariato, y aún de otros vicariatos, acudió una multitud de gente: en sola la iglesia, que estaba llena, caben 3,000 personas; y los patios y edificios de alrededor de estos, estaban llenos de gente. La noche de la víspera se llevó en procesion una bonita imagen de santo Domingo desde casa, por el pueblo, hasta la iglesia, con acompañamiento del clero, principales vestidos de gala y niños de etiqueta; esto se repitió al día siguiente, para salir á la iglesia y procesion; por la mañana celebró el señor Vicario apostólico de pontifical, predicó el M. R. Padre Máximo Fernandez las glorias del gran Guzman. Tiene la iglesia un pequeño coro, cosa no acostumbrada en este país, y aunque no se pueda comparar este ni la iglesia con los de Europa, pero se ha procurado acercarse á aquellos lo más posible, atendido el terreno movedizo y falta de recursos en estas tierras.

En las grandes fiestas se levantan una especie de camarines, descubiertos por los lados, para resguardar á la gente de la lluvia y de los abrasadores rayos del sol; pues es imposible hacer iglesia capaz para tanto cristiano como asiste á las fiestas. Este es el modo de procurar local capaz para resguardar á la gente en todas las cristiandades de Tong-King; por eso las iglesias tienen estos patios, y están descubiertas, ó se pueden descubrir todo alrededor para que la gente pueda oír misa desde afuera.

Los estudiantes de los colegios de moral y de latin se han aumentado; cuatro se han ordenado de sacerdotes, y ya están trabajando por los partidos. Se han aumentado dos partidos: el de Khan-Hueng y el de Con-Lieu, que se le puede considerar como dividido ya del de Lac-Dao, que era la residencia primitiva de todo el partido.

## ÁFRICA MERIDIONAL.

*Carta del P. Hojan, misionero apostólico de Cimbebasia.*

Omamuru, 3 de setiembre.

**D**ESDE que el P. Duparquet, nuestro querido superior, nos ha dejado para continuar sus peregrinaciones apostólicas en el interior de las tierras, una violenta tempestad, desvanecida ya, gracias á la protección divina, ha estallado sobre nosotros. Esta tempestad fué promovida por la herejía.

Los comienzos de nuestro apostolado en nuestra localidad fueron bastante apacibles. Los indígenas nos habían dado permiso para establecernos en el país y construir una vivienda.

En poco tiempo tuvimos el consuelo de bautizar algunos niños y adultos, y de ver diariamente frecuentado nuestro *Catecismo* por una asistencia asidua y recogida.

Pero estos éxitos no tardaron en provocar los celos de los protestantes, á cuya cabeza se encuentra el ministro luterano Sr. Viche. Difícilmente se puede figurar nadie las maquinaciones que puso en juego para neutralizar nuestra actividad. Por de pronto, esparcía contra nosotros odiosas calumnias; según él, éramos idólatras, y adorábamos los sepulcros en los cementerios;

el fuego y el incienso empleado por nosotros en los entierros, eran el fuego del infierno, á donde enviamos á aquellos que nos escuchan. Yo le escribí para pedirle cuenta de estas difamaciones, y me respondió con una carta bastante cortés, en que confesaba que no tenía nada contra nosotros como católicos; pero se quejaba amargamente de que hubiéramos ido á introducir la cizaña en su mies. Es un argumento refutado ya en otras ocasiones.

El ministro no se contentó con esto: viendo que todas las clases de la población se ponían de nuestra parte, que nuestra escuela era muy frecuentada, que nuestra capilla se llenaba en todos los actos religiosos, resolvió mover nuevos resortes. Conociendo bien la lengua herero, se aprovechó de ello para repetir á los indígenas sus calumnias contra nosotros, y ejerció toda su influencia sobre los jefes para excitarlos á que nos expulsaran. De resultas, los negros nos indicaron que no hiciéramos más mejoras y reparaciones en nuestra casa, y que nos preparásemos para marchar. Esta orden no procedía del gran jefe, entonces ausente, sino de su segundo, que no nos era completamente favorable. Desde esta época, nuestras relaciones con los habitantes cambiaron mucho; se impió á los niños que frecuentaran nuestra escuela, y nuestras lecciones de *Catecismo* se quedaron sin oyentes. Ocho días más tarde llegó el gran jefe, y nos mandó presentarnos á él para tener en su presencia una conferencia con el ministro luterano.

Cedimos á la invitación. El rey nos esperaba rodeado de indígenas cristianos y gentiles. El Sr. Viche, acompañado de otro ministro, se nos había adelantado en algunos momentos. Todos los blancos de la localidad estaban presentes para la conferencia, y, aunque protestantes, nos recibieron con simpatías.

Vimos, por de pronto, que nuestra causa estaba muy comprometida, ya que no perdida. El rey parecía muy irritado. Excitado por el ministro y sus partidarios, quería arrojarnos en seguida sin examinar siquiera el asunto. Sin embargo, á la benévola sugestión de algunos cristianos, consintió en escucharnos.

Se comenzó por exigirnos nuestros títulos de residencia y de propiedad. La cuestión era insidiosa, porque habíamos recibido una autorización oral y ante testigos, y el P. Duparquet la había consignado en un documento auténtico escrito de su mano, sólo que le faltaba la firma de los testigos. En vano invocábamos el testimonio de los negros presentes cuando se nos concedió el permiso; en vano apelábamos á la equidad del gran jefe que se acordaba indudablemente de la concesión que nos había hecho: todos los negros, influidos por el ministro, negaban descaradamente que hubiésemos recibido otro permiso que el provisional. Un blanco solo se atrevió á declarar en nuestro favor. Entonces el rey, sin querer oír nada, nos ordenó que saliésemos del país cuanto antes.

Alentado por este primer éxito, el Sr. Viche volvió con más ahínco á su antiguo argumento, lo que llamaba nuestra intrusión. Repitió que su presencia y la nuestra eran incompatibles; que la fuerza de las cosas obligaba á unos ó á otros á abandonar el país. Los blancos decían que esta era demasiada intolerancia, y advirtieron que en otras muchas Misiones vivían simultáneamente varios cultos cristianos sin molestarse. Amenazaron además, con firmar una protesta por todos los blancos contra el ministro, y arrojarlo de la localidad.



La discusion tomó entonces otro giro. Colocándome en el terreno doctrinal, advertí á Viche que los protestantes eran los intrusos en la Iglesia católica, porque antes que ellos, ella era la única conocida. Contestó que los católicos habian abandonado la verdad, sin lo cual él no se hubiera hecho protestante. Entonces le recordé la carta en que reconocia no tener ninguna queja de nosotros como católicos. Encontrándose en contradiccion consigo mismo, dijo que habia escrito aprisa la carta; pero, por confesion de los mismos negros, quedó confundido en lo tocante á la instruccion y á la ciencia.

Vencido en este terreno, volvió á su punto de partida y apeló á la autoridad del gran jefe que, cada vez más excitado, mandó que fuera desalojada nuestra casa de los muebles. A esta intimacion, respondí que colocaria bajo la proteccion del gobernador del Cabo nuestras personas y nuestras propiedades. Esta amenaza hizo estallar el rayo que iba á disipar la tormenta. El jefe, montando en cólera, levantó su baston y me hirió con él. Dios me dió, felizmente, la fuerza necesaria para sufrir este golpe, que fué nuestra salvacion.

En efecto; avergonzado de su conducta, y temiendo, sobre todo, las represalias, el gran jefe envió en seguida á cuatro de sus principales oficiales para excusarse de la manera con que me habia tratado en la conferencia. Los oficiales me pidieron perdon para sí mismos, culpando al ministro luterano y prometiendo que en adelante no seríamos molestados en nuestras personas ni en el ejercicio de nuestro ministerio. Aproveché esta ocasion tan propicia para hacerles firmar nuestro título de residencia.

Lo que les dije del gobernador les aterró, y creyeron que enviarían soldados para protegernos. Los blancos, indignados, se negaban á venderles municiones, lo cual les era muy sensible, porque estaban en víspera de una guerra con los hotentotes.

Desde este momento tenemos segura la victoria, y la derrota del luterano tan completa como es posible. El mal, hecho anteriormente, está reparado, y los jefes mismos han declarado á la poblacion, que estaba hecha la paz con la Mision católica, y que los niños pueden volver á nuestras escuelas. Nuestros néofitos, en efecto, han vuelto con gran aplauso de todos los blancos de los alrededores.



## SANDWICH.

—o—o—o—

Las Misiones católicas han hablado repetidas veces del P. Damian Deveuster y de la leprosería de Molokai. Considerables donativos han demostrado cuánto los bienhechores de la *Propagacion de la fe* se interesan por esta obra de caridad. Creemos, pues, complacer á nuestros lectores publicando, junto con su retrato, una interesante carta que el humilde y heróico religioso dirige á su hermano.

Molokai (Kalawayo), 8 de diciembre.



UN antes de su consagracion, el Ilmo. Koeckmann, nuestro nuevo obispo-coadjutor, prometió visitar á nuestros pobres leprosos de Molokai, y ha cumplido su palabra. Algunas semanas despues de su regreso de San Francisco, á donde tuvo que dirigirse para recibir la consagracion episcopal, me fijó el dia de su llegada á nuestra tierra de des-

tierro. Apresuréme á salir á su encuentro, mas habiéndose retardado la partida del vapor, tuve que trasladarme al lado opuesto de nuestra isla. Por fin llegó el señor Obispo. Montámos á caballo, y al cabo de una carrera de muchas horas, llegámos á la cumbre de la enorme montaña de 2,000 piés de altura que separa la leprosería del resto de la isla. Cerca del medio dia, en pleno sol, bajámos esta pendiente peligrosa por un camino estrecho y escarpado. En la llanura fuímos recibidos por gran número de jinetes vestidos con bellos trajes y llevando oriflamas. Eran ciento de nuestros infelices leprosos bastante válidos para montar á caballo. Tras las felicitaciones de bienvenida, nos dirigímos en cortejo hácia Kalawayo,

donde á la entrada del cementerio, en que se habia levantado un magnífico arco de triunfo, nos aguardaba el P. Montiton con las mujeres y niños enfermos, manifestando todos con sus cantos el gozo que les causaba la visita episcopal.

El Prelado dióles su primera bendicion, y acto continuo, seguido de la atenta multitud, se dirigió á la iglesia, donde hizo un sermoncito y dió la bendicion con el Santísimo Sacramento.

Por la tarde tuvo lugar fuera de la iglesia, una ceremonia de orden muy diverso. El Ilmo. de Olba, delegado al efecto por la princesa-regente, me impuso solemnemente la cruz de caballero-comendador de la Real Orden de Kalakaua. Más tarde me encerré en el confesonario, pues á la mañana siguiente, dia de la confirmacion, muchas personas deseaban acercarse á la sagrada Mesa. Al terminar la Misa cantada S. I. bautizó doce adultos y administró el sacramento de la Confirmacion



Rdo. P. Damian Deveuster, misionero de la leprosería de Molokai.

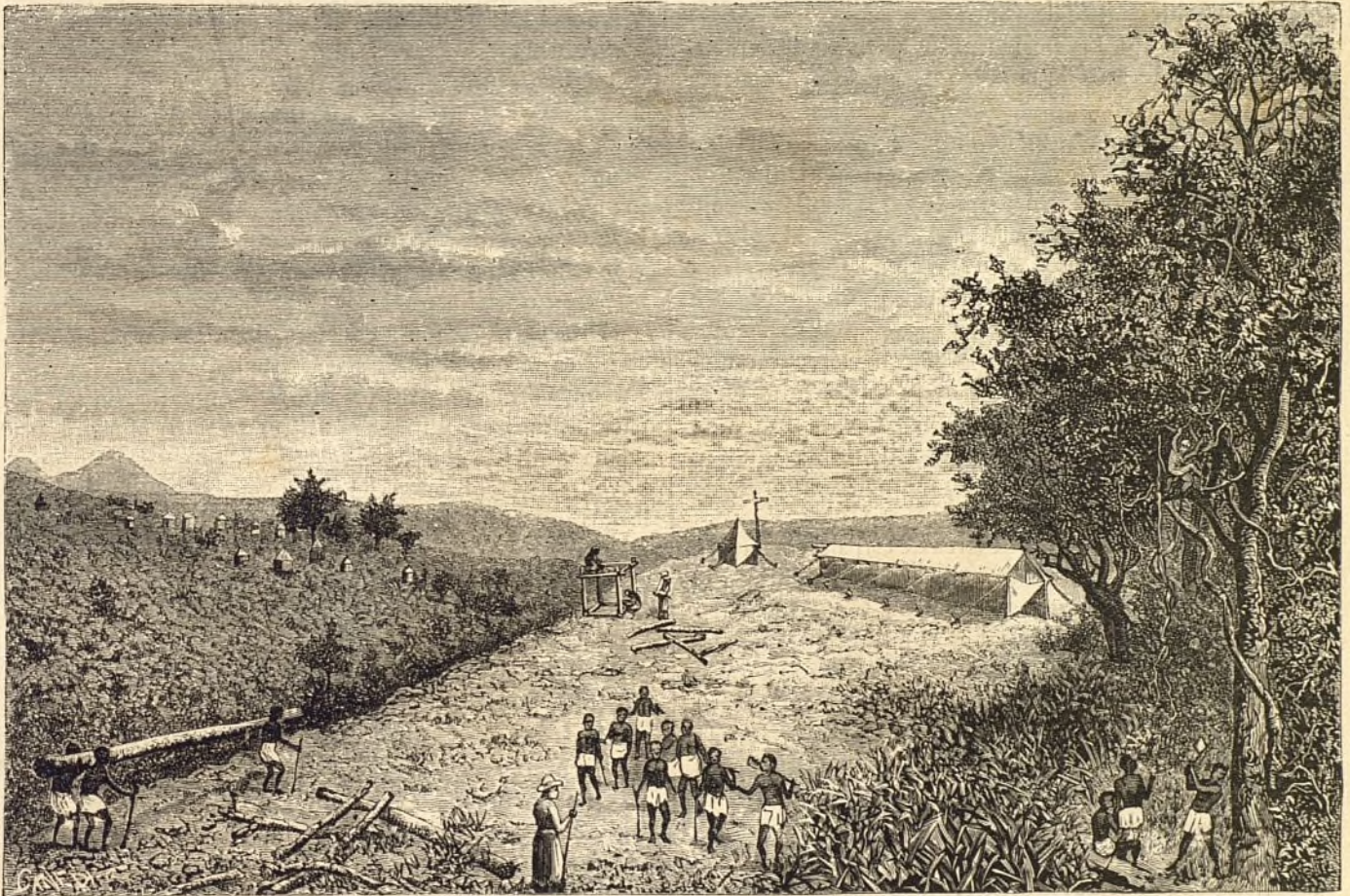


á unas cincuenta personas, y concluida la ceremonia acompañámos procesionalmente á S. I. á Kalaupapa, para administrar allí tambien los sacramentos de Bautismo y Confirmacion, ascendiendo en junto á 40 bautismos y 100 confirmaciones.

Terminado el acto, los principales de entre los cristianos dirigieron una peticion á S. I. para obtener el ensanche de la iglesia. El Prelado acogió favorablemente su demanda, y me encargó añadiese á la antigua capilla tres brazos en forma de cruz. Hemos recibido ya una parte de la madera necesaria para la construccion, pues es de saber que todos los edificios se hacen aquí de madera á causa de los frecuentes terremotos. Tendré ahora que ejercer el oficio de carpintero durante tres ó cuatro años.

El día siguiente en la misa tuvo lugar una última reunion de cristianos, durante la que S. I. dirigió una nueva instruccion. Luego nuestros hermanos separados, los calvinistas, que no querian permanecer indiferentes al regocijo general, enviaron una Comision al Obispo para presentarle sus homenajes. Esta circunstancia demuestra que, si no hay aún unidad de fe, por lo menos existe buena armonía entre las dos creencias.

Por fin tuvo que partir el Obispo, y subímos á caballo al mismo tiempo que nuestros hombres, que nos escoltaron procesionalmente hasta el pié de la montaña, en donde se despidió S. I., exhortando á todos á guardar la union y concordia y á observar las leyes severas de la secuestracion de los leprosos; partiendo despues de darles su última bendicion. Durante hora y media el



ZANGUEBAR.—Fundacion de la Mision de Mandera. (Pág. 54).

Prelado y yo subímos esta espantosa montaña. Tras una ascension sumamente cansada merecíamos en verdad algunos momentos de descanso, pero divisámos á lo lejos el vapor entrando en el puerto, y nos fué preciso cabalgar de nuevo, llegando á tiempo, merced á la agilidad de nuestros corceles. Despedímonos finalmente, y S. I. se embarcó para regresar por la noche á Honolulu. Por mi parte, recorrí aún á caballo una distancia de diez leguas, y llegué á un puerto fuera de la leprosería que acostumbro visitar todos los meses.

Como se ve por este relato, la isla de Molokai ofrece no poco trabajo, empero nuestro divino Salvador sabe conceder á sus servidores, en medio de las penas y fatigas, esos suavisimos consuelos que no le es dado á la pluma describir.

El Ilmo. de Olba acaba de enviarnos una carta-circu-

lar en la que nos invita á establecer entre nuestros cristianos la *Obra de la propagacion de la fe*. Les he comunicado ya la propuesta, y espero que se asociarán á ella en gran número. Sin embargo, será muy débil el concurso que podremos prestar á esta obra por excelencia que durante cuarenta y dos años nos lo ha proporcionado todo: pan cotidiano, vestidos y capillas. Sin la asistencia de esta *Obra* mil veces bendita, nos veríamos, en efecto, imposibilitados de mantener nuestra santa religion en este país, cuya mitad apenas es católica.

Han llegado aquí muchos emigrantes, procedentes sobre todo de la China, de las islás salvajes y de las portuguesas. Los chinos han importado la viruela, que en la primavera última hizo grandes estragos en Honolulu. Durante seis meses se prohibió absolutamente viajar de



una isla á otra, y como á la sazón era yo el único sacerdote en la isla de Molokai, me fué muy penoso el aislamiento; mas me consoló el tener constantemente á Nuestro Señor en el tabernáculo. Sin el santísimo Sacramento, una posición como la mía sería insoportable; mas estando cerca del Dios de bondad, continuó alegre y solícito en el alivio de los infelices atacados de la lepra. Me ocupó también un poco en medicina. Una experiencia de ocho años me ha puesto en estado de tratar con éxito casi todas las enfermedades de nuestros leprosos.

## CRÓNICA.

**Asia Menor.**—El Rdo. Polat nos escribe desde Angora el 8 de diciembre de 1882:

«Admirables son los designios de la divina Providencia. Dios se sirve aún de la persecución para promover la obra de la conversión de los pueblos. Los Jesuitas, que entre los valientes misioneros, ocupan en Oriente un lugar de honor, ven florecer los establecimientos que acaban de fundar. Ya gran parte de la Armenia está enriquecida con nuevas creaciones. Amasia, Marsivan, Tokat, Adana y Sebaste tienen sus escuelas primarias y secundarias, siendo Angora el único punto que carece de ellas.

«Para suplir nuestra penuria hacemos reparar una casa-escuela destinada en otro tiempo á los niños pobres, que los hay aquí en gran número, casa que, falta de los indispensables recursos, se había arruinado: ahora está en vías de reedificación, gracias al ardiente celo de nuestro vicario general el Rdo. Holas.

«De algunas semanas acá Cesarea de Capadocia cuenta con un Padre y un Hermano religioso georgianos que en 1880 se vieron obligados á salir de Montauban. El P. Nicolás Zacharanti, que tal es el nombre del misionero, estando de paso en Angora me dijo que se proponía abrir una escuela gratuita para los niños griegos en Newsehir, y que quería trabajar en la conversión de los adeptos de Focio. Mas el Ilmo. Pablo Emmanuélian, obispo armenio-católico de la diócesis, lo ha retenido á su lado en Cesarea, á fin de volver los griegos no unidos al seno de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Ya un papas (sacerdote de los griegos) ha abjurado el cisma de Focio y entrado en el redil de la Iglesia por la gracia de Dios sin duda, pero también por la mediación de este nuevo apóstol. ¡Que Dios bendiga la obra de apostolado del P. Zacharanti, y que la Inmaculada Virgen, bajo cuyo patrocinio fué instituida la Orden de los Georgianos, interceda por la prosperidad de la Misión naciente!

«El fanatismo musulmán, excitado cuando la insurrección de Arabí en Egipto, se dejó sentir también en Angora. Durante la guerra del país del Nilo, oyéronse aquí palabras amenazadoras proferidas contra los cristianos; sólo se hablaba de exterminar en masa á los Ghiaurs (los turcos dan este nombre á todos los que no creen en Mahoma): empero, el fracaso de Arabí ha desvanecido todas sus ilusiones. Sin embargo, señálanse aún de vez en cuando algunas tentativas de asesinato contra los no musulmanes. Un judío sucumbió en pleno día en su tienda, á los golpes que le asestó en la cabeza un guardia turco: la muerte fué instantánea. Tres días

después de este acto de barbarie, uno de nuestros comerciantes en vinos pereció al filo del sable de otro turco, de veinte años. Habiéndose negado el infeliz cristiano á darle aguardiente al fiado, el irascible turco le hundió un puñal en el corazón. Los dos asesinos están ahora en poder de la justicia; pero es probable que tras algunos meses de prisión serán puestos en libertad.»

**Urmiah (Persia).**—Sor Vicenta Meunier, hija de la Caridad, escribe desde aquella ciudad con fecha 22 de octubre de 1882:

«.... No sabemos cómo manifestar nuestro gozo y reconocimiento al considerar que en breve estaremos en estado de ofrecer un asilo á nuestros infelices enfermos abandonados y prepararles á una santa muerte. ¡Cuán bueno es el Señor que ha creado tantos corazones generosos! ¡Oh! ¡cómo sentimos la necesidad de amar cada vez más á este buen Maestro, que cumple tan bien nuestra voluntad, y de consagrarnos cada día con mayor ardor á su santo servicio y al de nuestros queridos señores y dueños los pobres y enfermos!....

«Ya que vos me lo permitís, os comunicaré nuestros planes con toda sencillez, pero no os asustéis por el gasto: estamos dispuestas á empezar con poco, y continuar luego según los recursos que nos envíe la divina Providencia. Después de este preámbulo llego á mi asunto, nuestro futuro hospital.

«Necesitaríamos una casa para los hombres: una sala con diez y ocho camas sería suficiente para empezar. Encima, otra sala para los niños, y un patio. Lo mismo para las mujeres y niñas: allí tendríamos nuestra farmacia y al lado el dispensario, para lo que nos servimos hoy día del cobertizo del patio, en donde durante los largos inviernos de Urmiah, nuestras Hermanas tienen los dedos ateridos cuando curan á los enfermos, y éstos están helados aguardando turno.

«Como todo se ha encarecido mucho desde la presencia del jeque, hacemos el siguiente cálculo:

«1.º Compra de un terreno lindante con el que ya tenemos, 3,000 pesetas.

2.º «Construcción de las salas, dispensario y farmacia, 12,000 pesetas.

«Quedo abrumada ante semejante cifra; empero os repito que esto no es más que un plan, y que distamos mucho de pretender de una vez tan fuerte suma: con algunos miles de pesetas pudiéramos empezar á construir, y continuar más tarde.

«El último domingo, fiesta de la Maternidad divina y festividad patronal de la parroquia, tuvo lugar la bendición de nuestra nueva iglesia. Desde mucho tiempo hablábamos de ella, nos regocijábamos y prometíamos una gran ceremonia; mas el hombre propone y Dios dispone. Una vez más hemos experimentado que las fiestas acá en este mundo tienen su parte terrestre, pues mientras estábamos profundamente conmovidos pudiendo orar por primera vez en nuestra nueva iglesia, nuestros corazones entristecidos en vano buscaban á aquel que ya no existe entre nosotros, el Ilmo. Cluzel. Terminaré diciéndoos que no hemos cesado ni cesaremos de orar por nuestros bienhechores.»

**Su-tchuen oriental (China).**—El Rdo. Blettery, de las Misiones extranjeras, escribe la siguiente desgarradora carta:

«El año último la cosecha fué satisfactoria en la pro-



vincia del Su-tchuen; sólo quedó desprovista la parte próxima al Fan-lan y al Kuy-tcheu: esta comarca equivale por lo menos á tres provincias de nuestra patria. En estos desventurados países cubiertos de montañas, no se encuentra ni una sola vía de comunicacion, pues no puede darse tal nombre á senderos angostos y escarpados por los que apenas pueden pasar las vulpejas. Así es que cuando falta la cosecha no hay que contar con las provincias limítrofes: es difícilísimo aprovisionarse en ellas, pues todo tiene que traerse en hombros.

«Cierto que hay un río, ó mejor un torrente que atraviesa desfiladeros; pero, á más de que la navegacion por él es sumamente peligrosa, las barcas sólo pueden proveer á las necesidades de los ribereños. Para formarse una idea de la lentitud y dificultad de la navegacion por este torrente, basta decir que en ciertas épocas hay que esperar meses enteros en la entrada de una corriente, pues adelantar sería exponerse á un naufragio inevitable.

«No es extraño, pues, que los detalles que se nos transmiten de estos países sean desgarradores. El año último se aprovecharon las cortezas de los árboles, las raíces de las hierbas, los helechos y otras plantas que pueden comerse sin peligro. Muchas familias han hecho hervir la paja de sus chozas para alimentarse con ella. Un gran número, careciendo de este recurso, mezclan hierbas con cierta tierra blanca y procuran prolongar así su miserable existencia. En medio de esta poblacion tenemos algunos sacerdotes indígenas, y es indecible lo que sufren entre de tantas miserias que no pueden aliviar. Multitud de hambrientos, tanto cristianos como paganos, acuden á manifestarles su miseria, implorando su piedad. ¡Oh! entonces uno quisiera tener millones para repartir.

«Tan cruel azote ha abierto la puerta á grandes desórdenes: se han formado bandas de famélicos que atacan á los ricos y á cuantos tienen víveres ó dinero, roban todo cuanto encuentran y ponen fuego á las casas. Los mandarines, impotentes para reprimir estos ataques, cierran los ojos y no toman medida alguna para reprimir ó castigar á los culpables.

«Segun me escriben, gran número de familias, víctimas del hambre, han completamente desaparecido. Se ha visto á algunos padres matar en un acceso de desesperacion á sus propios hijos, y luego quitarse la vida á sí mismos. Otros han vendido sus mujeres, sus hijas y aún sus hijos á vil precio: por una ligadura (5 pesetas) se podía comprar una jóven. En cuanto á los niños, bastaba quererlos para tener multitud de ellos.

«Ahora, llegado el momento de la siembra, nuestras infelices gentes no tienen ningun grano para confiar á la tierra. ¿Qué será el porvenir?»

**Mangalore (Indostan).**—Los Padres Jesuitas de aquel vicariato hace algun tiempo publican opúsculos para contrarestar los efectos de los libelos que esparcen profusamente en su Mision las Sociedades protestantes de Alemania. Para dar una idea de la poca lealtad de los misioneros luteranos en su guerra contra la Iglesia romana, bastará seguramente el hecho de que los ministros se atreven á imprimir que en una ciudad de Alemania los católicos guardan, como reliquias, un travesaño de la escala vista en sueños por Jacob y una muestra de las tinieblas que cubrieron el Egipto en tiempo de Moisés.

Como se ve, todos los medios son buenos á los luteranos para echar el ridículo sobre los católicos. La publicacion de dichos opúsculos es por lo tanto sumamente oportuna, y permitirá á los Padres Jesuitas desenmascarar, como lo merecen y á medida que se publiquen, los pérfidos ataques de sus adversarios.

**Alto-Zambese.**—Continuando el P. Depelchin, superior de la Mision, el reconocimiento del inmenso territorio que le confió la Santa Sede, llegó á Katonga, capital de los Barotsés, la comarca más septentrional que haya visitado hasta el presente. La cordial recepcion que se dispensó al misionero forma el mayor contraste con el glacial recibimiento que le hizo el rey Khama, y así tenemos sumo placer en extractar, de una carta del viceprefecto apostólico, el relato de su entrevista con el rey Lebuschi.

Dicho P. Depelchin, acompañado del P. Berghegge y del H. Devylder, partió de Sesheke el 17 de agosto de 1881. Remontaron el río Zambese en cinco canoas, y despues de haber franqueado pasos muy peligrosos sin accidente alguno, llegaron á Naroro, ó mejor á Nariélé (25°50' longitud oriental de París y 15°15' latitud). La reina Matowka, hermana mayor del rey Lebuschi, gobierna toda la orilla izquierda del río que da frente al *kraal* del rey. Recibió á los Padres con mucha veneracion, y les dió muestras de simpatía que les conmovieron profundamente.

—Sólo me anima un deseo, les dijo; el de veros establecer en medio de mi pueblo: vosotros haréis que sea más bueno. Voy á obtener de mi hermano que os reciba como mereceis.

El día siguiente el P. Depelchin se presentó en Katonga. El rey habia hecho preparar á sus visitantes una choza cerca de la suya. La recepcion tuvo lugar el mismo día, y fué espléndida. Sentado en un sillón europeo y rodeado de una compacta multitud, aguardó Lebuschi la entrada de los misioneros. Frente de él algunos músicos tocaban el *selimba* con redobles de tambores, acompañando el canto solemne de la corte.

«A nuestra llegada, escribe el Padre, hubo entre el pueblo sensacion inmensa. Despues de apretones de manos con Su Majestad (V. la pág. 41), el rey me hizo sentar cerca del trono. Su edad no pasa de los treinta, y viste traje europeo de buen gusto. Aunque reina sobre tribus feroces, nada tiene de salvaje; es sencillo, alegre y cortés; y cuando se habla con él compréndese que es un hombre digno y de buen corazón. Hechos los cumplimientos de costumbre, nos manifestó cuánto era su gozo por ver á los *Marentis* (misioneros). Nos ofreció un buey, gran cantidad de trigo cafre, *grund nuts*, *manja* (yuca) y un inmenso tazon de excelente cerveza cafre.

«Despues de la comida Su Majestad, seguido de los principales *indunas*, vino á nuestra choza para devolvernos la visita. Entonces le expusimos claramente el objeto de nuestra venida; hicimosle demandas de terreno, que el rey nos concedió sin dificultad alguna, y que ratificó luego en una asamblea pública. Insistió mucho para que nos fijásemos definitivamente en su pueblo.

«—Si volveis á Panda-ma-Tenka, nos decia, temo que no volveréis más.

«No contrajimos ningun compromiso; y me limité á prometerle que volveria á principios del verano próximo.»



**Estados- Unidos.**—Los Padres Jesuitas de San Luis han comenzado la erección de una iglesia monumental, sobre el modelo de la grandiosa catedral de Milan.

Los planos han sido enviados á Roma para ser estudiados y examinados. Se unirá á la iglesia un magnífico colegio. Los dos edificios costarán mucho más de un millón de dollars.

Los católicos de los Estados- Unidos perpetúan dignamente en el Nuevo-Mundo las grandes tradiciones del arte cristiano. Han construido en Nueva-York una magnífica catedral, toda de mármol blanco.

Además de la catedral están construyendo gran número de iglesias de menores dimensiones y verdaderas joyas del arte cristiano.

Sólo en la diócesis de Nueva-York están en construcción once iglesias parroquiales y diez y siete capillas.

**Canadá.**—Así que se emprenden en el Canadá los trabajos para abrir una nueva vía férrea, el obispo nombra un sacerdote con encargo de que siga á los trabajadores, la mayor parte del tiempo á través del bosque. Ese sacerdote con frecuencia tiene que recorrer diez, quince, veinte leguas de camino apenas desbrozado, á través de bosques vírgenes. Cada domingo, y aun á veces entre semana, reúne á los trabajadores bajo una tienda, celebra la santa Misa, les dirige una instrucción y oye sus confesiones, repitiendo lo mismo en los diversos grupos. Los operarios hacen una colecta, que cubre holgadamente todos los gastos del misionero, que casi siempre es hospedado por los empresarios (comunmente protestantes) y recibido en todas partes con viva solicitud.

No es raro que los empresarios protestantes sean los primeros en pedir el servicio de un misionero, pues saben que entre los canadienses la presencia de un sacerdote es garantía de buena conducta.

**Australia.**—En el *Corriere di Torino* leemos una carta del Ilmo. Fortini, vicario apostólico del Queensland septentrional. El Prelado escribe desde Cooktown el 1.º de setiembre último, que ha empezado ya la visita de su Mision, más grande, dice, que la Italia entera y llamada á ser uno de los más ricos y poblados países del mundo á causa de sus minas y de su maravillosa fertilidad.

**Islas Marquesas.**—El Ilmo. Dordillon, de los Sa-

grados Corazones, obispo titular de Cambysopolis y vicario apostólico, escribe desde Taiohaé, el 22 de julio de 1882 :

«Hace ya muchos años que el Gobierno de estas islas favorece las escuelas obligando á que las frecuenten todos los niños, sean cristianos ó hijos de padres paganos, desde la edad de seis á doce años. Por nuestra parte nos hemos apresurado á establecer clases en nuestros principales puestos. En Taiohaé la escuela, servida por 4 Hermanas de san José de Cluny, es frecuentada por 65 niñas; la de Hatibeu, dirigida por el H. Florent, tiene 75 niños; en Puamau (isla de la Dominica) contamos 25 niños y otras tantas niñas; en Hanaiapa, 20 muchachos y 24 niñas, y el mismo número, á corta diferencia, en Ataona, Vaitaha, Hanavava y Napon.

«Tanto los muchachos como las niñas son internos.

Los padres proveen á la manutención y vestido, y lo demás corre á cargo de la Mision, que á menudo tiene que suplir la penuria de las familias.

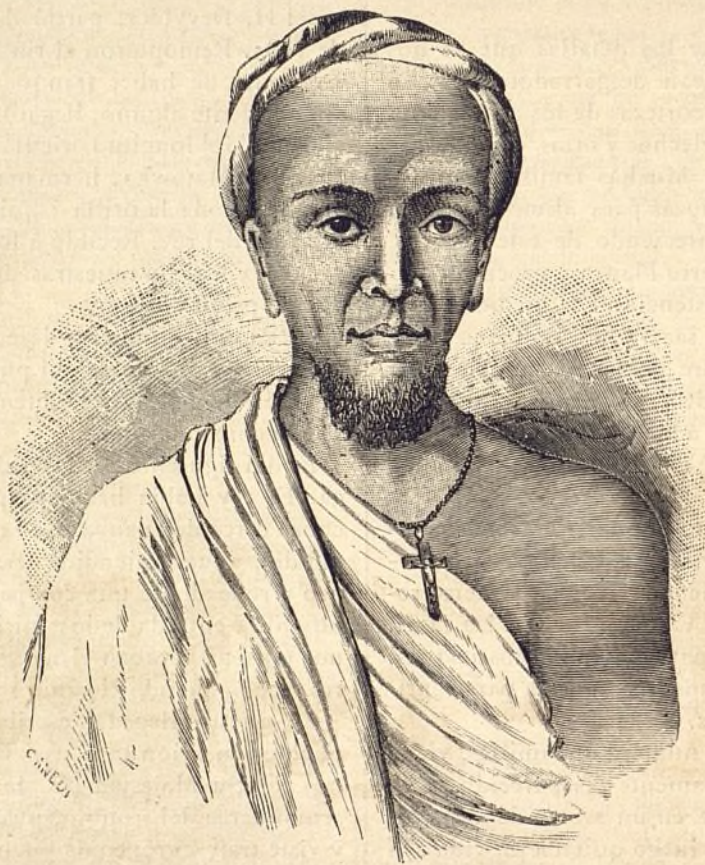
«En nuestras escuelas se enseña á amar y servir á Dios, á leer y escribir, y la aritmética. Las niñas aprenden además á coser á mano y con máquina y algunas labores propias de su sexo. Hubiera querido veros el sábado 15 de julio en nuestra hermosa iglesia de Taiohaé, escuchando absorto el melodioso canto de diez y seis de estas niñas.

«Una ventaja producen aquí las escuelas, y que conviene no echar en olvido: tal es la de que todos los niños que las frecuentan, y lo mismo sus padres, se preparan luego para el bautismo con raras excepciones. Casi en todas partes se hace ya bautizar á los recién nacidos.

Tanto los niños como los mayores desean tener rosarios y medallas. Para estos y otros muchos gastos contamos con la divina Providencia. Testigo de las necesidades de estos niños, el H. Florens me decía ayer al regresar á su puesto :

«—Para que mis niños estén siquiera un poco conforme, sería preciso que pudiese contar con dos sueldos más diarios para cada uno de ellos: un sueldo para el alimento y otro para el vestido.

«Esta demanda parece muy modesta. Pero como no es el único que se encuentra en caso apurado, y para realizar sus deseos tendría que aumentar nuestros gastos en más de diez mil pesetas, no he podido hacer otra cosa que desearle que encuentre algunas almas generosas.»



ZANGUEBAR.—Kingaru, jefe de Manderu. (Pág. 54).



## COSTA ORIENTAL DE AFRICA.

## VIAJE EN EL UDOÉ Y EL USIGUA.

## III.

**C**UANDO fuimos á ver al *mwéné*, no esperaba éste nuestra visita, y así no tuvo tiempo para ocultarse: le sorprendimos sentado en lo alto de su cabaña y ocupado en cubrirla. Al vernos quedó sobrecogido de estupor; pero recobrándose algun tanto, deslizóse por la parte opuesta del techo, y mandó le trajesen á toda prisa su gorro de jefe, su banda y su *zime* (sable), vino á sentarse gravemente en su sitio, especie de taburete hecho con un tronco de árbol gro-

seramente esculpido, y nos invitó á que tomásemos asiento en un *kitanda* ó cama de cuerda de coco que tenía á su lado. Apenas lo habíamos verificado llegaron los hombres del pueblo para tributar homenaje á su jefe: cada cual deponía á sus piés el fusil, el sable y el puñal poniéndose de rodillas, y haciendo un inclinación profunda, palmoteaba diciendo: *Tcha mwé!*... (abreviación de las palabras *Kutchá mwéné* — las garras del jefe); y á cada uno contestaba éste con un gruñido sordo y prolongado imitando al rugido del león.

Concluida la ceremonia, y estando todo el mundo dispuesto en círculo al rededor de nosotros, el jefe nos saludó por fin, preguntándonos de dónde veníamos y á dónde íbamos. Le contesté que éramos de Bagamoyo, y que nos dirigíamos á Manderá y á las montañas de



ZANGUEBAR.—La coccion del pombé. (Pág. 54).

Ngura para visitar á nuestros hermanos: que pasando frente de su pueblo, no quise pasar adelante sin venir á saludarle y trabar relaciones con él. Pareció con esto satisfecho, y nos dijo:

—¡ Ah! vosotros habeis viajado ya indudablemente por mi país: me han hablado ya de vosotros y de los blancos que viven en Manderá, diciéndome que á nadie han arrebatado su mujer ni han hecho esclavos; en todas partes son muy queridos. Pláceme sobremanera vuestra visita.

Dijo en seguida breves palabras á uno de sus hombres, quien partió, volviendo al poco rato con un enorme gallo y algunos huevos, que el jefe suplicó que aceptásemos. No podía rehusar sin ofenderle; pero no teniendo cosa alguna á mano, me excusé de no ofrecerle

un regalo, prometiendo enviárselo en mejor ocasion. Por último, despues de adquirir algunos informes respecto al país y las costumbres, y de prometernos amistad recíproca, nos despedimos, prosiguiendo nuestra marcha hácia el Wami.

No tenemos que hacer ya sino descender pendientes bastante rápidas y malos senderos peñascosos: á través de bosques y malezas llegámos á esta vasta llanura regada por el rio y que acabamos de contemplar. Cruzámosla de Este á Noroeste, pasando cerca de muchas habitaciones, y vamos á acampar á Mlonga, á 500 metros de Wami.

A las cinco de la mañana siguiente estábamos ya en pié. Atravesámos el rio frente del pueblo de Mghi-ghe-ma, situada al pié de la montaña de este nombre: sin



dificultad alguna hacemos este paso en una piragua. Como la corriente era escasa y el lecho arenoso, y en aquel sitio no había que temer cocodrilos, echámos al agua las cabalgaduras y las levantámos en la orilla opuesta.

A partir de Mghi-ghema se abren dos caminos en direccion de Mandera (si caminos pueden llamarse esos miserables senderos): el uno por la cumbre de los montes, fragoso y larguísimo; el otro costeano el Wami y rodeando el Mghi-ghema, mejor y más corto, pero con pasos difíciles é impracticables para nuestros asnos y bagajeros, cargados con pesadísimos paquetes. Mientras que el resto de la caravana se dirige hácia el sendero ordinario, el P. Hacquard y yo tomamos el segundo, seguidos de tres de nuestros cristianos. A través de hierbas y juncos más altos que nosotros, llegamos á la vertiente oriental del Mghi-ghema, á cuyo pié corre el Wami, profundamente encajonado entre esta montaña y la cordillera del Udoé. No se encuentra ya camino: suspendidos sobre el río, tenemos que asirnos á una piedra, á una raíz, á una rama, y tantear largo rato donde poner el pié. Ora bajamos á un metro sobre el nivel del agua, ora nos remontamos á quince ó veinte, siempre pendientes como cabras: un paso en falso, y vamos á parar en los dientes de los cocodrilos, cuyas negras escamas vemos de vez en cuando brillar á la luz del sol. Felizmente sólo tenemos que andar así media legua, y tras muchas fatigas llegamos á término sin otro accidente que varios rasguños en piés y manos, y algunos girones en nuestros vestidos. Atravesando dos pequeños torrentes que se precipitan en el río, y subiendo una montaña, nos encontraremos en el camino á que conduce el que ha tomado el resto de la caravana.

Íbamos adelantando constantemente; empero esta marcha nos habia cansado en extremo, y apenas dejamos el Wami, cuando fuí súbitamente atacado de un fuerte acceso de fiebre con vómitos biliosos. Mis piernas con dificultad podian sostenerme, y teníamos que hacer aún tres horas de camino á través de altas hierbas y enhiestos montes. Caminé con gran trabajo hasta llegar á la cumbre de una colina, en la que me tendí extenuado junto al sendero por el que habian de pasar nuestras cabalgaduras. Una, dos horas transcurren, y nadie comparece. Iba á arrastrarme un poco más lejos, cuando se presenta un bagajero, diciéndome:

—Gran maestro, los asnos han caído en un precipicio, y uno de ellos no puede levantarse: es preciso, por lo tanto, tener paciencia y aguardar aquí.

Aguardo, pues. Al fin llegaron mis hombres con las cabalgaduras; pero una de ellas, en efecto, estaba en tan triste estado como su dueño: tomé la otra, y así llegamos á nuestra querida Mision de Mandera, en donde una buena dosis de sal de quinina y tres días de descanso debian curarme de la fiebre y restituirme las fuerzas necesarias para proseguir nuestro viaje.

Habiéndonos visto de lejos, cundió la noticia de nuestra llegada, y todo el mundo se habia dispuesto á salir á nuestro encuentro y darnos la bienvenida. Una salva de fusilazos congregó en la Mision á los jefes y habitantes de los pueblos vecinos.

Hacia diez meses poco más ó menos que acompañé á los Padres y al Hermano encargados de inaugurar esta Mision, pero ¡qué diferencia, qué transformacion! En lugar de las dos miserables chozas levantadas con premura en el bosque y que sirvieron primitivamente de

habitacion, de almacén y capilla, hay ahora una pequeña iglesia bastante hermosa en la que Nuestro Señor es fielmente adorado; casas de ladrillo para albergar á los misioneros; almacenes; huerta fertilísima en la que crecen legumbres como por encanto merced á la diligencia del H. Alejandro; un pueblecito cristiano de veinte familias en el que descuella una gran cruz; parte del bosque desbrozado; campos cultivados con inteligencia y cuidado; multitud de negros acudiendo de todas partes, unos para ver á los misioneros, otros para vender sus gallinas ó su caza; estos, en gran número, para pedir medicamentos y hacerse curar en sus dolencias; aquellos, finalmente para instruirse y asistir á los Oficios divinos, silenciosos y asombrados, los domingos y días festivos. ¿Quién hubiera previsto tamaño resultado, obtenido en tan poco tiempo, en medio de esos bosques guarida de fieras, y entre esos infelices salvajes, que en su mayor parte nunca habian visto hombres blancos? (V. el grabado de la pág. 49). No cabe la menor duda que esto es obra peculiar de san José, y puesto que la ocasion se presenta, no puedo resistir al deseo de publicar lo que el santo Patriarca ha hecho por esta Mision, con lo que al mismo tiempo cumpliré una deuda de gratitud.

Era en 1880: necesitábamos una estacion intermedia entre Bagamoyo y Mhonda, y acompañado del P. Machon emprendí un viaje de exploracion para buscar un sitio conveniente y establecer en él un pueblo cristiano. Emprendimos el viaje bajo la proteccion de san José, llevando una reliquia suya como proteccion y guia, y fijóse la partida para el 19 de marzo, día de su fiesta. Después de celebrar la santa Misa en honor suyo, emprendimos la marcha dirigiéndonos al Udoé, que ningun europeo habia visitado aún, y que cruzamos en gran parte. Ciertamente que nuestros miembros no sirvieron de comida á los indígenas, pero más de una vez llegó á nuestros oídos que parecíamos muy buenos, y que tendrian mucho gusto en comerse á nuestros bagajeros para empezar. Siempre que se trataba de obtener autorizacion para fijarnos en alguna parte, se nos despedia al momento, y no lográmos cosa alguna. Viendo, pues, que por el pronto nada habia que hacer en este país, dije á san José: «Vos sois nuestro guia. Por la gloria de vuestro divino Hijo nutricio habeis de mostrarnos el lugar escogido por Dios en sus designios de misericordia respecto á esas infelices almas. Obrad como os plazca; pero nosotros no nos resolveremos antes de que sea determinado el emplazamiento y que todo esté dispuesto para el establecimiento de la futura Mision...» Y prosiguiendo nuestro viaje, salimos del Udoé para pasar al Usigua, sin saber á dónde íbamos, andando á la ventura, y errantes de pueblo en pueblo, enviados de un jefe á otro, corriendo y esperando siempre, y siempre sin resultado. Por fin el miércoles de la Semana Santa llegamos á casa de un jefe llamado Kingaru (V. su retrato en la pág. 52), conocido en el país con el sobrenombre de *Cara de serpiente*, para distinguirle de Kingaru el Grande, rey del Ukami: el pueblo era el de Mandera.

Apenas nos ve Kingaru, se detiene, y luego, retrocediendo un paso, prorrumpe en exclamaciones, meneando la cabeza, nos observa, y cuanto más nos mira, mayores son sus señales de asombro.

—Escuchad mis palabras, nos dice al fin, escuchad. Esta noche, no sé si estaba dormido ó despierto, he visto



ante mí un hermoso anciano que me ha tocado como para despertarme, y me ha dicho: «Kingu, hé ahí que vienen á tu casa dos blancos con una pequeña caravana; recíbeles bien y dales todo lo que te pidan.» Y sois vosotros dos, vosotros mismos; sois tú y tú á quienes veía ante mí. ¡Ah! ¿cómo ha podido ser esto?...»

Y sin darnos tiempo para hablar, llama á las gentes del pueblo, y les dice:

— ¡Hé aquí á los dos blancos á quienes he visto esta noche con el buen anciano, como os he referido por la mañana al levantarme! ¡héales aquí!

Aquellos sencillos habitantes nos miraban con el mayor asombro. En cuanto á nosotros, sorprendidos por el pronto ante la actitud del jefe, tuvimos en breve la clave del misterio: san José había trabajado por nosotros, y de lo íntimo de nuestro corazón le tributamos debido agradecimiento, suplicándole continuase hasta el fin su misericordiosa intervención.

Calmada algun tanto la primera emoción, participé á Kingu el objeto de nuestro viaje, y pedíle que nos cediese en su territorio un sitio conveniente.

— Todo lo que poseo es vuestro, contestó el excelente jefe; mi casa, mi campo y mis hombres son vuestros. Escoged lo que os plazca, y quedaos en mi casa.

Permanecemos en ella ocho días, celebrando las fiestas de Pascua en medio de aquel pueblo desconocido que san José nos había designado y obtenido. Kingu se excedía á sí mismo para mostrarnos su afecto: nos albergó en una de sus cabañas, nos hizo traer carneros, volátiles, arroz y bananas, nos condujo á todas partes, mostrándonos los sitios más favorables, y prodigándonos los testimonios de su respeto y simpatía.

Una vez determinado el emplazamiento de la Mision, dispusimos nuestra marcha, mas el buen jefe, que sin duda es del número de aquellos á quienes, según santo Tomás de Aquino, Dios enviaría un Ángel antes que dejarles morir sin bautismo, quiso servirnos de guía hasta los confines del Udoé.

Al cabo de quince días vino á vernos á Bagamoyo, y llegado el momento de empezar la obra, volvió de nuevo con gran número de hombres para conducir los misioneros y llevar los bagajes. Desde entonces no se ha desmentido un instante su adhesión á nosotros, y con varios de los suyos frecuenta asiduamente los ejercicios de la Mision.

Esto es lo que hizo san José por el pueblo de Mandera: san José es un buen misionero, y le debemos todo honor, gloria y reconocimiento.

El domingo, 22, después de los Oficios, emprendimos nuevamente el viaje, á fin de llegar el domingo siguiente á los montes del Nguru, en nuestra Mision de Mhonda. Supliqué á Kingu que nos presentase á algun jefe conocido suyo en Buzini ó sus cercanías, con objeto de elegir un sitio favorable entre nuestras dos estaciones establecidas, y lo hizo con la mejor voluntad del mundo: la circunstancia era solemne, y quiso mostrarlo así. Vistiendo un paletó negro y un *languti* nuevo, y cubierta la cabeza con un gran casco de cobre que un bombero parisien había usado en no pocos incendios, pero que no dejaba de ser una maravilla para un jefe africano; calzado con un par de zapatos viejos, sable en mano y fusil al hombro, Kingu se puso decididamente al frente de la caravana y nos condujo á la vivienda de Kolwa, jefe importante y muy amigo de los Padres de Mandera. Estos habían querido acompañarnos hasta cierta distan-

cia. Nos detuvimos bajo un árbol inmenso en el cual se enroscaba la *enredadera del viajero*, y habiendo comido algunas bananas, nuestros compañeros se despidieron y proseguimos nuestro camino.

A las tres estábamos en casa de Kolwa, quien nos recibió perfectamente, nos hospedó en su morada y nos ofreció un carnero, gallinas, huevos y arroz. A los informes que le pedimos acerca el país que íbamos á visitar, contestó indicándonos un sitio conveniente, cerca de Buzini y un pueblo cuyo jefe se llamaba Bwambara.

Este Kolwa es uno de los principales dueños de la parte del Usigua en que está establecida la Mision de Mandera. En su territorio se encuentran hermosos rebaños de vacas y cabritos, magníficas plantaciones y tierra roja y fértil, aunque algo seca á consecuencia de la falta de corrientes de agua. El suelo contiene mineral de hierro en abundancia. El pueblo, bastante considerable, está defendido por una doble cerca de enormes troncos de árboles en torno de los cuales crece y se entrelaza un impenetrable bosque de enredaderas y arbustos con espinos retorcidos. Una sola puerta franquea el paso, y en torno de las cabañas, redondas y hechas de tierra y paja, reinaba entonces cierta animación. Las mujeres cocían el *pombé*. (V. pág. 53).

Para obtener esta bebida, conocida y muy estimada en toda esta parte del Africa, se deja primero germinar el *mtama* (especie de alcandía), y después de quitar las yemas y tostarlo, lo ponen en cubas donde lo dejan hervir y fermentar, y queda hecho el *pombé*. Antes de la fermentación se le da el nombre de *tokwar*, y es dulce y embriagador en sumo grado. Una vez fermentado tiene el sabor ágrico, más parecido á la cidra que á la cerveza, y se le echa ordinariamente algunos puñados de alcandía, á fin de que haya para comer y beber.

El día siguiente al canto del gallo partimos de Kolwa. Como la víspera, Kingu nos sirvió de guía á través del bosque, y á las nueve alcanzamos en Magubika el gran camino de las caravanas que vienen de Sadania. Después de un alto indispensable para procurarnos víveres (pues nada habíamos de encontrar en las dos estaciones siguientes), proseguimos el camino á las tres de la tarde, dirigiéndonos al campo de las caravanas en Kikwaso, á donde llegamos á las seis. Es un pueblo bastante grande, cuyos habitantes lo habían abandonado algunos días antes de nuestra llegada, á causa de las vejaciones con que les molestaban las caravanas de los árabes y los soldados del Sultan. Todas las cabañas estaban desiertas.

En esta etapa sintió el P. Hacquard los primeros ataques de la fiebre. Al cabo de una hora de nuestra partida de Magubilla experimentó muy fuerte acceso, y no pudiendo sostenerse en pié y fatigándole excesivamente el paso de la cabalgadura, vióse obligado á tenderse en la hierba á la sombra de un grupo de árboles. Llegado al campamento, acostóse en su hamaca, y después de tomar una taza de té caliente y absorber gran cantidad de agua, pudo transpirar, dormir y pasar la noche bastante bien á pesar de las pulgas, los chinches y otros insectos que los habitantes del lugar no cuidaron de llevarse consigo, y que en gran número quedaron únicos guardianes de esas cabañas abandonadas.

El Padre se levantó á las cinco de la mañana siguiente, y le ofrecí la única cabalgadura que poseíamos, pues la otra nos vimos precisados á dejarla en Mandera, por estar fuera de servicio. No quiso empero aceptarla, á causa que el asno le fatigaba más que el andar á pié, y



caminamos como de costumbre, entre altas hierbas cubiertas de helado rocío. En breve quedamos mojados de lo lindo, y al cabo de hora y media el P. Hacquard tuvo un nuevo ataque de fiebre: mi pobre compañero siguió como pudo, y ora tendiéndose en la hierba, ora levantándose y tendiéndose de nuevo, llegó finalmente con nosotros á Kwadigwamé á las ocho y media. Los portadores pidieron continuar su camino hasta Mréré, á fin de procurarse víveres, y les dejé partir con algunas telas; pero regresaron luego descontentos, por no haber encontrado casi nada.

El Padre continuaba aún en pié el día siguiente, y esta vez pude decidirle á que tomara una dosis de quinina. Concluido nuestro frugal desayuno, seguimos tranquilos el camino de las caravanas, subiendo insensible-

mente, cruzando bosques y hermosos valles sin encontrar poblacion alguna, cuando á las siete y media aparecieron á 500 metros de nuestro sendero grandes rebaños de cebras y antílopes. El P. Hacquard, que caminaba valientemente, se arroja entre las malezas con el fusil, movido por el deseo de cazar una de estas bestias y romper el forzado ayuno de nuestros bagajeros. Por desdicha los antílopes han advertido en él, y emprenden la fuga: el Padre los persigue y desaparece. Transcurrida media hora llamamos, doy algunos silbidos, y no obtenemos la menor respuesta: envío tres hombres, que pierden en el bosque las huellas del cazador y vuelven despues de hacer inútilmente algunos disparos. Otros bagajeros parten en diversas direcciones, y se nos reunen al cabo de una hora. ¡Investigaciones infructuo-



ZANGUEBAR.—La fraternización. (Pág. 75).

sas! Estaba yo en la mayor inquietud; mas la idea de que el Padre tras algunos rodeos habria encontrado el camino de Buzini, y que nos precede ó quizá nos aguarda, me decidió á hacer partir la caravana. Llegamos á Bwambwara, distante dos leguas y media; pero allí, como en Mréré, á nadie se ha visto. ¿Qué ha sido, pues, del P. Hacquard? ¿Le atacó de nuevo la fiebre? ¿se extravió en un bosque? ¿hundióse quizá en una de esas zanjás profundas que se abren en este país para coger á las fieras? Todas estas suposiciones cruzaban sin cesar por mi mente. Envio otra vez algunos hombres en diversas direcciones, y aguardo el resultado de las pesquisas. Por fin, á las seis llega el Padre acompañado de un negro, cansado y cubierto de sudor, sin haber visto á nuestros hombres, que vuelven muy entrada ya la noche.

¿Qué habia sucedido pues?... El Padre, despues de perseguir algun tiempo el rebaño de antílopes, volvió ó más bien creyó volver sobre sus pasos, siguiendo un angosto sendero que juzgó seria el nuestro y que le condujo á un rio desconocido. Desandando camino advirtió, en un sendero más ancho, huellas de zapatos. «Estas huellas van hácia la costa, se dijo, y serán del viajero inglés cuya aproximacion nos han anunciado: no tengo que hacer más sino tomar la direccion opuesta, y en pocas horas estaré en la estacion....» Con esta idea, anda, anda, y llega.... á Kwadigwamé, de donde habíamos partido aquella misma mañana: ¡las huellas fatales eran las suyas propias!.... «No hay mal que por bien no venga,» dice el refran, y así sucedió, en efecto, que esta doble etapa, hecha con toda rapidez, determinó una trans-



piracion abundante que curó un nuevo acceso de fiebre. En tanto nuestra súbita llegada entre los Bwambwaras habia sembrado el espanto en toda la poblacion: las mujeres huyen á la espesura; los hombres que trabajaban en los campos acuden á toda prisa, y los que quedan en las cabañas toman arcos y flechas, oyéndose por todas partes gritos de:

—¡Un blanco! ¡la guerra! ¡la guerra!....

Entramos sin embargo en el pueblo; Kingaru se dirige al jefe, y yo le sigo, diciendo:

—¡No, nada de guerra, de sangre ni de esclavos! Hoy soy tu huésped, y mañana quiero ser tu amigo: ¿tendrás valor para rechazarme?...

El jefe, un tanto tranquilo, nos conduce entonces á una de sus cabañas, hace que se sienten sus guerreros, y llama á las mujeres, que vuelven temblorosas á coger sus majaderos y preparar el *mtama* para la comida de la tarde.

Tomando de nuevo la palabra, digo al jefe, anciano en cuyo rostro se revela la honradez, que nada tiene que temer de nosotros, que vengo de parte de su amigo Kolwa, y que tendré sumo gusto en establecerme en su pueblo.... A esta declaracion aumenta la sorpresa, y corren de boca en boca mil suposiciones.

—Estos blancos, dice Kingaru, no son como los demás; cuidan á los enfermos, fundan hermosas aldeas, enseñan grandes cosas y aman á los negros. Viven conmigo hace muchas lunas, y porque eres amigo mio te los presento....

—¡Tú quieres venderme! exclama Bwambwara: ¡el blanco me arrebatará mis hombres, mis mujeres y mis hijos!

—El blanco no hace esclavos. En cuanto á tus mujeres, pierde cuidado; no las quiere: yo mismo se las ofrecí, y me contestó que es hombre del Dios de allá arriba; que las mujeres hablan demasiado, y que le impiden orar....

—Entonces, dice el anciano jefe, recibiré á tus amigos si quieren ser hermanos de sangre.

A esta propuesta inesperada, contesté que era ya tarde; que al día siguiente podríamos tener consejo, y que por el momento necesitábamos comer, pues nos acosaba el hambre. Al instante nuestro huésped dispuso nos diesen algunas gallinas, que pasámos al asador, y despues de cenar conciliámos el sueño cerca de nuestros bagajes, encomendando todo el negocio á san José.

A la mañana siguiente se renovaron las proposiciones de la víspera:

—¡Si quereis permanecer aquí, seamos hermanos de sangre!

Contesté que habíamos venido, en efecto, para ser amigos y hermanos de Bwambwara y de toda su gente; pero que no siendo él de la tribu de los Uadoés y no estando acostumbrado como éstos á comer carne humana, seria fácil que encontrase de mal gusto la sangre de un blanco, y áun que le pusiese enfermo.

—Verdad es, repuso; mas aquí hay tu amigo Kingaru, que puede responder por tí.

—Convenido, dijo Kingaru.

Y al instante empezaron los preparativos,

Esta ceremonia de la *fraternización* á la que ningun deseo tenia de someterme, pero que por otra parte no creo tenga carácter supersticioso, es universalmente practicada en estos países, y goza de grande favor entre los indígenas. Dícese que es de origen semítico y usada

en muchas tribus salvajes de Asia. Quizá fué introducida entre los hijos de Cam por los árabes paganos que frecuentaban esta costa mucho antes de la aparicion de Mahoma. Sea como fuere, es aquí practicada de larga fecha entre personas que quieren contraer amistad íntima y solemne. Si esta amistad llega á romperse tiene lugar una nueva ceremonia, pues la sangre trocada ocasionaria desgracias á los perjuros. Como el ceremonial de este acto importante no carece de interés, lo transcribo á continuacion:

Cuando dos hombres quieren ser «hermanos de sangre», se empieza por matar una gallina, y una vez pelada la dividen en dos, poniendo á parte el hígado. Nótese que lo mismo se lee á corta diferencia en el Génesis. Efectivamente, al salir Abraham de Ur en Caldea para dirigirse á Palestina, Jehová le prometió dar esta tierra á su posteridad. El Patriarca tomó entonces una becerra, una cabra y un carnero, con una tórtola y una paloma, *partió en dos* cada una de estas víctimas y colocó cada parte una frente la otra. Durante la noche una llama pasó por entre las víctimas así divididas, con cuya señal reconoció Abraham que la alianza era ratificada por el Eterno. (*Genes. xv*). Como los hebreos, los griegos decian *σφραγισατε* y los latinos *fœdus ferire*, cortar, sellar una alianza.

Separadas las dos partes del volátil, fueron espetadas en un pedazo de madera y asadas á la brasa, lo mismo que el hígado. Bwambwara y Kingaru se quitan entonces los vestidos, excepto las enaguillas, se lavan y siéntanse en el suelo, poniendo uno una pierna encima de la del otro, y recíprocamente. Un bramante cuyos extremos sujetan con los dientes les une entre sí, y cada uno tiene en su mano derecha la mitad del hígado asado del volátil. Dos notables del pueblo tienen en una mano sobre la cabeza de los jefes un *zimé* (especie de sable) y en la otra un cuchillo. (V. el grabado de la pág. 56). Luego, pasando lentamente el cuchillo sobre el *zimé* como para vaciarlo, dicen:

—Bwambwara, Kingaru te ha traído dos blancos.—He! contestan los dos jefes.

—Piden hacer sus cabañas en terreno de Bwambwara.—He!

—Bwambwara los recibirá y les dará campos en Buzini.—He!

—Bwambwara los ayudará y amará.—He!

—Bwambwara no les dañará é impedirá les dañen.—He!

—Los blancos serán amigos de Bwambwara.—He!

—Serán sus hermanos.—He!

—No nos arrebatarán nuestro país.—He!

—No nos robarán nuestras mujeres.—He!

—No nos causarán daño alguno.—He!

—Y si Bwambwara no obra como ha dicho, responderá de ello.—He!

—Y si los blancos no obran como han dicho, Kingaru responderá de ello.—He!

Los notables pasan con mayor rapidez los cuchillos sobre los sables, levantan la voz, y continúan la fórmula ordinaria del acto de *fraternización*, fórmula que recogí en seguida y de la que doy la traduccion literal:

—Bwambwara se hace hermano de los blancos.—He!

—No nos hacemos hermanos para engañarnos.—He!

—Los hermanos se aman.—He!

—Si tu hermano te da de su comida, cómela.—He!

—Si oculta sus riquezas, no lo descubras.—He!



- Si recibimos tesoros, reunámoslos.—He!
- Si ves un enemigo que quiere ofender á tu hermano, no reveles en dónde está tu hermano.—He!
- Si sabes un lugar malo, dí á tu hermano: No vayas por allí.—He!
- Si ves un lugar bueno, dí á tu hermano: Vé.—He!
- Si ves un lugar peligroso, dí á tu hermano: Retírate.—He!
- Y si viene un extranjero, comámosle.—He!
- Pasan y repasan los cuchillos más rápidamente cada vez, levantan la voz, y bajo el añoso baobal que cobija esta escena con su sombra, todo el mundo guarda silencio.
- Que el leon lo trague!—Sí.
- Que el tigre lo devore!—Sí.
- Que la serpiente lo muerda!—Sí.
- Que el búfalo lo aplaste!—Sí.
- Que el cuchillo lo corte!—Sí.
- Que sus intestinos se tuerzan y que se rompa!—Sí.
- Que sea ciego y que no vea!—Sí.
- Que su pié se quiebre y no ande!—Sí.
- Que su mano se seque y no pueda asir!—Sí.
- Que su cuerpo se pudra!—Sí.
- Que muera!—Sí.
- Que salga del mundo!—Sí.
- Que no se le vea más!—Sí.
- Que el pedazo de hígado que va á comer le emponzoñe!—Sí.
- Sí, que caigan sobre él todos estos males!—Sí.
- Sobre aquel que no ame á su hermano!—Sí.
- Y que aquel que quiera así, coma el *soga* (el hígado de gallina).
- Basta! exclaman los notables
- Basta! contestan los jefes.

Al momento el que ha muerto la gallina, de una cuchillada corta el bramante en dos, y hace en seguida tres ó cuatro incisiones en la piel del estómago de los contratantes, de suerte que corra la sangre, y les presenta un puñado de sal. Estos ponen un poco de ella en sus incisiones, empapan el hígado asado con la sangre que corre, y se presentan mutuamente el pedazo de la alianza, el *soga*. Los jefes lo comen, y queda terminada la ceremonia; quedando eternamente *hermanos*.

## LOS IASIDAS.

**L**os Iasidas ó Isais (de *Isai*, Jesús), escribe un misionero de Mesopotamia, creen en Jesucristo, en la santísima Virgen y los Santos. Esparcidos en diversos puntos de la Mesopotamia, existen en gran número en el monte Singear, á treinta leguas al Oeste de la ciudad de Mossul. Como los antiguos Partos, de quienes descienden, son buenos jinetes, activos y ágiles en el manejo de la espada y de la lanza. Cincuenta años atrás formaban más de 200,000 familias, y hoy apenas se cuentan 150,000. En tiempo de Mahmud vencieron á Soliman, bajá de Bagdad, cuyo ejército, fuerte de 150,000 hombres, quedó enteramente deshecho.

Son maniqueos y parece que nada conservan del Cristianismo, ni siquiera el bautismo. Prestan juramento por el nombre de *Isai* (Jesús) y beben á la sa-

lud de *Isa*, diciendo: *Echqué-Isa* (Por el amor de Jesús).

Sus jeques son casados, y llevan capuchon negro, cinturón y sotana del mismo color, y se dejan crecer la barba, por cuyo motivo les llaman *cara-bache* (cabezas negras). Tienen un singular modo de sacrificios. Vestidos con una especie de casulla y descubierta la cabeza, ponen pan y vino en un copon, y oran en silencio por espacio de quince minutos. Los jeques venden al pueblo por dinero sitios en el cielo. En otro tiempo el primer jeque llevaba presentes al patriarca nestoriano de Alcocha, cerca de Mossul; arrodillábase en su presencia, y recibía su bendición.

Al igual que los maniqueos, llaman al demonio principio del mal, y le respetan y honran para que no les dañe. Segun ellos, Dios está irritado contra él, como un amo contra un servidor indócil; pero á la postre acabarán por reconciliarse. Así es que imponen un severo correctivo á quienquiera pronuncie el nombre del demonio ó palabras de maldición contra él.

Naturalmente simpáticos con los cristianos, no quieren se les distinga de ellos. Entran en nuestras iglesias, y en ellas se arrodillan, oran y formulan sus votos. Por el contrario, abrigan contra los turcos y árabes musulmanes un odio profundo é inveterado.

Aunque es cierto que la poligamia, como todo lo que atenta á la santidad del matrimonio, está desterrada de sus costumbres, en cambio ponen el robo en la categoría de las virtudes: viven de los frutos de la tierra y del producto de sus rapiñas.

Segun ciertos autores, los Iasidas son caldeos de origen, porque su jeque va á recibir la bendición del patriarca caldeo. Otros afirman que descienden de los persas ó mejor de los Partos, cuyas costumbres é idioma parece conservan.

Al presente se advierte en ellos un movimiento general que les impulsa hácia el Cristianismo, de suerte que un misionero celoso que contase con algunos recursos, probablemente lograria convertirlos. El menosprecio de que son objeto por parte de los turcos, y del que no pueden vengarse, les impulsa á hacerse católicos.

Cuando partí para la Mision de Ras-el-Aine en compañía de seis bravos jinetes iasidas, alcaldes de diferentes pueblos y jefes de más de 400 familias con su alfaquí ó *cara-bache* (sacerdote), me aseguraron con juramento que si les enviaba un misionero se convertirian todos, incluso el alfaquí.

Ras-el-Aine es la antigua Andrianópolis de Oriente ó ciudad de las trescientas fuentes, situada cerca de los orígenes del Khabur. La reunion de muchas corrientes de agua forma este gran río, á media legua de la ciudad, y la llanura que riegan es vasta y unida. Mana en muchos puntos agua clara y límpida, en la que nadan adundancia de peces, zarcetas, etc. Las ruinas de la antigua ciudad están bien conservadas, y fácilmente se encuentran los vestigios de las iglesias y monasterios.

El monte Singear, en donde, como hemos dicho más arriba, existen Iasidas en gran número, está situada en la llanura de Djezireh, entre Mardin y Mossul, á trece jornadas de camino de cada una de estas ciudades. Los habitantes, todos Iasidas, no consentirian allí ninguna otra raza; no haciendo excepcion sino en favor de los cristianos, pues éstos, dicen, son sus hermanos.

Al presente los Iasidas están bajo el dominio de un



bajá, gobernador general de toda la llanura de la Mesopotamia. Cierta prefecto que éste puso á su frente pagó caro las vejaciones que les hacía sufrir y los insultos que profería contra el demonio, su amigo y dueño. Al cabo de algun tiempo, los Iasidas ultrajados, llenos de enojo se rebelaron y apoderáronse del prefecto. Entonces empezó para el infeliz una série de espantosas torturas. Córtanle la lengua, y le dicen :

—Con esta lengua insultaste á nuestro demonio.

Luego hacen lo mismo con las manos y los piés, y dicen :

—Estas manos servian para castigarnos, y con estos piés te lanzabas contra nosotros con tus tropas.

Arráncanle los ojos, y dicen :

—Con estos ojos nos amenazaste.

Por fin le cercenan las orejas, y concluyen :

—Con estas orejas oías complacido los insultos que se hacian á nuestro rey, el demonio.

El magistrado murió en medio de tan horribles tormentos.

A la noticia de la suerte que le habia cabido á su prefecto, el bajá reunió sus tropas y marchó contra los rebeldes. Los Iasidas sostuvieron el primer choque y causaron la muerte á diez soldados; mas la division que se introdujo en sus filas causó su pérdida. Seducidos por las promesas del bajá, sus jefes fueron cogidos y encarcelados : los restantes se rindieron.

## LA CAZA DE UN LEON.

En una carta de Bagamoyo (Zanguebar) leemos el siguiente relato del P. Scheuermann, misionero de la Congregacion del Espíritu Santo y del Sagrado Corazon de Maria.



venia hablando hace mucho tiempo de un leon que vagaba por los campos de Kaole, y que habia devorado muchos hombres y gran número de animales.

El 31 de julio último vino á hacernos su primera visita y quitó la vida á un buey. En la noche del mismo dia arrebató un jumento en Bagamoyo, arrastrándolo, como á su primera víctima, hasta nuestra puerta de entrada, á orillas del mar.

Los Sres. Hagenbeler é Hildenbrand, viajeros alemanes, encontrábanse á la sazón en nuestra casa : el segundo de ellos era antiguo cazador de leones en Abisinia. No cabiéndoles la menor duda de que el animal volveria la noche siguiente para buscar su presa, fuímos en compañía de los dos viajeros á apostarnos en el techo del corral, aguardando á su majestad. El H. Oscar pretendia que el leon comia los restos de las carnes, y así envenenó las orejas del borriquillo, trozo exquisito, pensaba, que debe excitar la gula del rey de los animales. Mas el señor leon juzgó prudente no exponerse á nuestros proyectiles, y sólo nos saludó de lejos con sus formidables rugidos.

Dejónos tranquilos cosa de un mes, y luego se empeñó en hacer nuevas apariciones, primero en el campo del jeque Schebanne, cuyo establo asolaba todas las noches. Una vez dejó dos vacas intactas despues de quitarles la vida. La antevíspera habia yo envenenado algunos pedazos de carne, pero los juzgó dignos solamente de los grandes de su corte. Un soberbio tigre y dos

hermosas hienas pagaron con la vida su imprudente glotonería.

Pero volvamos á nuestras dos vacas. Como las compré para abastecernos, los muchachos las trajeron á casa. Y ¿qué sucedió? que durante la noche el leon, siguiendo la presa que se le habia arrebatado, vino á nuestra casa, derribó tres ó cuatro tablas del cercado, mató á dos jumentos é hirió á otro, que murió más tarde.

Viendo esto, me apresuré á instalar un sistema de barricas destapadas que por medio de poleas se pudiesen levantar en los cocoteros á conveniente altura. La noche siguiente, metidos en estas garitas aéreas, el H. Oscar y yo acechámos la venida del terrible visitante. Pusimos como cebo los restos de uno de los jumentos muertos la víspera por el leon.

A media noche oí un leve ruido de ramas de *mutuma*, y luego nada, silencio completo. A las tres de la madrugada descendí de mi puesto de vigía, y ¡cuál fué mi asombro al cerciorarme de que el jumento habia desaparecido! Apenas si daba crédito á mis ojos. Entonces comprendí cuán prudentemente se me habia disuadido de permanecer en tierra apostado junto al cebo. La noche era tan oscura, y el leon habia andado tan pasito á paso, que indudablemente me hubiera echado la garra antes que yo advirtiese su presencia.

Tras esto, nueva tregua de quince dias, despues de los cuales el leon, volviendo á casa de Schebanne, dió muerte á una vaca que no se pudo llevar. La compré por dos piastras, y me la trajeron á casa. El dia siguiente, domingo, muy temprano vinieron á anunciarme que habíamos tenido segunda visita del leon, quien penetrando en el corral de cerdos habia muerto á catorce, y á más dos asnos, que mandé guardar allí.

Inmediatamente hice poner una trampa, pero aquella noche no compareció el rey de las selvas. El lunes mató en el vecino bosque á un jabalí, y vinieron á ofrecérmelo. Como la experiencia nos habia enseñado que el leon seguia la presa que se le arrebatava, resolví aprovechar esta circunstancia para atraerle á una celada.

Hice, pues, traer á casa el jabalí, despues de quitarle la piel, que dispuse arrastrasen todo el camino hasta el corral en que se encontraba el lazo. Llegada la noche me aseguro de que la trampa y el cebo están en buenas condiciones, y pongo convenientemente emboscados los HH. Oscar y Eucher.

A las dos despierto sobresaltado á los gritos de «¡El leon, el leon! Está cogido y se esfuerza por evadirse!» Los niños, oyendo todo este ruido, se ponen espontáneamente en oracion para implorar sobre nosotros la proteccion divina. Por mi parte me encomiendo al Señor, tomo el fusil, y voy resueltamente á abrir la puerta de la trampa. La operacion no carecia de peligro. La fiera hace un salto para salir, y en el mismo instante la bala del H. Hoscár y la mía le penetran en el cráneo, y cae herido de muerte.

Nuestro primer movimiento fué entonar, en accion de gracias, el *Te Deum* y el *Magnificat*.

Apenas apuntó el dia, más de 10,000 personas vinieron de Bagamoyo, del Kaole y otros puntos para contemplar el leon tendido sin vida y felicitarlos.

Antes de concluir haré algunas observaciones:

1.<sup>a</sup> Quien quiera cazar el leon no se aventure á buscarle de noche; conténtese con acecharle, pero desde un lugar en que no pueda ser alcanzado; 2.<sup>a</sup> arrebatarle al leon su presa, para llevarla á casa, es atraerse el terrible



animal; pero por otra parte eso puede ser una excelente estratagema cuando se trata de tender un lazo á la temible fiera.

## EFEMÉRIDES.

13 FEBRERO 1598.—Muerte en el mar, cerca de Malaca, del P. Pedro Martins, jesuita portugués, obispo del Japon.

«Antes de partir para las Misiones de las Indias hizo en Africa su primer ensayo de los sufrimientos del apostolado acompañando al rey D. Sebastian en su fatal campaña contra Marruecos. El P. Martins cayó en manos de los infieles, y la via dolorosa que recorrió con sus compañeros de esclavitud desde el campo de batalla de Alcazarquivir hasta Fez, todos juntos las manos fuertemente atadas á la espalda, durante más de una semana, dia y noche, casi desnudos y muertos de hambre y de sed, obligados á correr al paso de los caballos de sus dueños, y estimulados por la punta de las lanzas, recuerda á la letra la horrorosa carrera de los antiguos Mártires arrastrados á través del desierto por los vándalos. Así, cualesquiera que fuesen los tormentos que les estaban reservados en Fez, no dejaron de rezar el *Te Deum* al entrar en esta ciudad entre los ultrajes de la muchedumbre, bendiciendo á Dios por el término de tamaños sufrimientos, verdaderamente inauditos.

«En las cartas de Pedro Martins, que nos ha conservado el P. Franco, pueden verse algunos rasgos de las heroicas escenas de su duro cautiverio. Sumido en un calabozo con 80 caballeros portugueses, alentóles de tal suerte para confesar la fe, que todos permanecieron inquebrantables, así á las promesas como á las amenazas, y se declararon dispuestos á los mayores martirios antes que renegar de Jesucristo.

«Recobrada la libertad, partió para Oriente en 1585, y arrojado por un temporal contra las peñas de la Cafrería, solamente logró llegar á Mozambique siguiendo la costa, y tras fatigas y sufrimientos de los que apenas es posible formarse idea.

«Siete años más tarde, despues de haber convertido gran número de almas, gobernado todas las Misiones de las Indias y realzado la de Lahore, el P. Martins recibió de Roma, en virtud de santa obediencia, la orden de dejarse consagrar obispo del Japon; y cuando entró en este vasto imperio, era tal su reputacion de apóstol y de santo extendida en todo el Oriente, que se atribuyó al odio y al terror de los demonios los extraordinarios terremotos de que entonces fueron teatro las islas del Japon, y que hacia decir á los infieles: «Una terrible guerra agita ó amenaza á nuestros dioses (1).»

13 FEBRERO 1816.—Martirio del P. Juan Triora, misionero franciscano, en Tchang-cha-fu, capital del Hu-nan (China).

Este religioso recoleto salió de Heng-tcheu el 3 de junio de 1815, para dirigirse al pueblo de Pay-yang, y hacer la administracion de esta cristiandad. El 28 de julio siguiente el mandarin de Lay-yang envió muchos satélites á casa de Pablo Ho, quienes prendiendo á éste y al P. Triora, los condujeron á la cárcel cargados de hierros. El 31 del mismo mes los dos prisioneros fueron conducidos á los calabozos de la ciudad de Heng-

tcheu, teniendo que sufrir no poco durante la noche. Estaban literalmente cargados de cadenas en los piés, manos y cuello, de suerte que apenas podian moverse, y les dejaron tan terrible carga hasta el momento de su muerte. El 29 de agosto los transportaron á Tchang-cha, metrópoli de la provincia, en donde se les hicieron varios interrogatorios en presencia de los mandarines superiores. Una vez se les obligó á permanecer de rodillas más de tres horas seguidas; y en otra ocasion el mandarin ordenó al P. Triora que pisase la cruz. Este religioso se negó á ello, manifestando el horror que le causaba semejante crimen. Entonces los satélites levantándole, le obligaron á pasar por encima de la cruz; mas él dijo muy alto que si andaba sobre el signo de nuestra salvacion, sólo era efecto de la violencia que se le hacia, y que su voluntad no tenia en tamaña profanacion la menor parte. Despues de esto, fué condenado á muerte, y murió estrangulado á las once de la mañana del 13 de febrero.

Su cuerpo quedó expuesto á la vista del público, y al dia siguiente el mandarin ordenó que se le enterrase en un sitio á tres leguas al Sud de la capital.

Un cristiano llamado Andrés Lo, y otros fieles á principios de mayo se dirigieron al lugar de la sepultura, y transportaron el cuerpo del invicto mártir al cementerio de los cristianos de la ciudad de Heng-tcheu.

Pablo Ho, habiendo rehusado constantemente apostatar, fué condenado al destierro, y en él acabó sus dias.

## NECROLOGÍA.

**Hu-pe septentrional (China).**—El P. Pedro I.o, misionero chino, escribe desde Van-tian con fecha de 17 de agosto de 1882:

«El P. Angel Palvareti ha entregado hoy su alma á Dios despues de una enfermedad de pocos dias. Sintiendo en gravísimo estado antes de la fiesta de la Asuncion, me llamó á fin de que le preparase para la muerte. Presintió que no curaria, y me dijo repetidas veces que moria contento y ofrecia á Dios su vida por la salvacion de sus amados chinos.

«El P. Palvareti, religioso franciscano de la provincia de Toscana, en Italia, apenas ordenado sacerdote fué enviado al Hu-pe septentrional en el mes de abril de 1880. El jóven misionero estudió la lengua y las costumbres del país con los jóvenes discípulos del colegio, y al cabo de dos meses de residencia en nuestro seminario se le destinó á una numerosa cristiandad al lado de otro misionero: un año despues estuvo en estado de dirigir solo sus Misiones. Su carácter franco y comunicativo le merecieron generales simpatías, haciendo que con suma facilidad pudiese arreglar las diferencias de los cristianos. Su salud robusta nos hacia esperar un valiente operario apostólico, pero el Señor en sus impenetrables designios lo dispuso de otro modo, pues le llamó á recibir la recompensa de sus trabajos á la edad de veinte y nueve años. Su inesperada muerte nos ha afligido grandemente, pues frustra las consoladoras esperanzas que en él fundábamos. Le hemos sepultado piadosamente en el cementerio cristiano de Van-tian.»

(1) *Menologio de la Compañía de Jesús*, por el P. E. de Guilhermy, Asistencia de Portugal, parte 1.ª, pág. 148-149.

